SHOUT
SHARE
IT

Accessions
115055
Shelf No.
216.10

BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec.d Apr. 26.th 1871.

210.

17

HISTORIA
DE MARCO ANTONIO, Y CLEOPATRA
VLTIMA REYNA DE EGYPTO.

POR DON ALONSO de Castillo Solorzano.

Segunda impresion

Año de 1736.

CON LICENCIA: En Madrid. A costa de D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Mag. Se hallarà en su Imprenta, y Libreria, Calle de Santo Thomàs, junto al Contraste.

bres. El Autor continùa en èl la erudiccion, que en los otros libros que ha sacado à luz, y escuso sus encomios, por el consejo de San Geronimo, quando calla los de San Ambrosio, diciendo: *Vsque in præsentem diem scrivit, de quo quia supereſt meum iudicium subtraham, ne in alterutram partem aut adulatio in me reprehendatur aut veritas.* Merece el favor, y licencia de V. S. Ilustrisima para estamparle. En este Colegio de San Vicente Ferrer à 13. de Mayo año de 1639.

Capellan de V. S. Ill.ma,

Fray Geronimo Fusser.

APRO-

APROBACION DEL DOCTOR Don Diego Amigo, Juez de lo Civil en la Real Audiencia de Zaragoza.

POr comiſsion de el Excelentiſsimo ſeñor Don Pedro Faxardo, Zuñiga, y Requeſens, Marquès de los Velez, &c. Virrey, y Capitan General en eſte Reyno de Aragon, he viſto un libro, intitulado: *Hiſtoria de Marco Antonio, y Cleopatra*, compueſto por Don Alonſo de Caſtillo Solorzano, y con cuydado he advertido no aver en èl coſa contra las Regalìas de ſu Mageſtad, ni que diſſuene à las buenas coſtumbres, antes mueſtra el Autor (como en otros trabajos, que ha dado à la eſtampa) ſu lucido ingenio en el buen modo de diſpo-

ner Historia tan grave, mezclada con ingeniosos versos de eruditos, y conocidos Poetas, escritos à los mayores assumptos de ella. Y assi es mi parecer, que se le conceda la licencia que pide para imprimirla. En Zaragoza à 18. de Octubre de 1635.

D. Diego Amigo.

SU-

SUMA DE LA LICENCIA.

Tiene licencia de los Señores del Real Consejo de Castilla Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Magestad, para poder imprimir este libro, intitulado: *Historia de Marco Antonio, y Cleopatra*, como mas largamente consta de su original. Madrid, y Octubre 4. de 1736.

FEE DE ERRATAS.

HE visto este libro, intitulado: *Historia de Marco Antonio, y Cleopatra*, que está fielmente impresso, y corresponde con su original.

Lic. D. Manuel Garcia Alessón.
Correct. General por su Mag.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores de el Real Consejo de Castilla este libro, intitulado: *Historia de Marco Antonio, y Cleopatra*, à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su original, à que me remito.

TABLA

DE LOS CAPITULOS de la Hiſtoria de Marco Antonio, y Cleopatra.

CAP. I. Que trata de el origen de los Reyes de Egypto, haſta Cleopatra, fol. 1.

Cap. II. De la victoria de Julio Ceſar, la muerte de Pompeyo, y la de Dioniſio penultimo Rey de Egypto, fol. 9.

Cap. III. En que ſe dà cuenta de la conjuracion hecha contra el Ceſar; quienes ſe hallaron en ella; y de la muerte de aquel grande Emperador, fol. 41.

Cap.

Cap. IV. De lo que sucediò despues de la muerte de Cesar; y como entrò en Roma Octaviano, y las disensiones de Marco Antonio con èl, hasta vencido, como lo demàs de que se dà cuenta, fol. 58.

Cap. V. De la entrada que hizo Cleopatra por el Rio Cidno, y como se viò con Marco Antonio, y los costosissimos combites que le hizo, fol. 81.

Cap. VI. Trata de los amores de Antonio, y Cleopatra. Sus divertimientos. La muerte de Fulbia, y nuevas bodas que hizo con Octavia, hermana de Octaviano Cesar, fol. 95.

Cap. VII. De como Antonio passò à Asia, y alli bolviò à los amores de Cleo-

Cleopatra, y los Reynos que la dió, y como triunfò en Alexandria, fol. 105.

Cap. VIII. De como Octavia por consejo de Cesar fue à vèr à Antonio, y èl la diò orden para no llegar adonde estaba, y como se bolviò à Roma, y èl à Alexandria, con lo demàs que sucediò, fol. 114.

Cap. IX. Danse quexas en el Senado de las partes de Antonio, y de Cesar. Previenense las flotas declarada la guerra entre los dos. Echa Antonio à Octavia de sus casas, y lo demàs que sucediò, fol. 133.

Cap. X. Trata de como se diò la Batalla Navàl entre Cesar, y An-

tonio, y como Antonio fue vencido, y se saliò huyendo de ella en seguimiento de Cleopatra, como despues se retirò de ella, y su buelta à Egypto, fol. 153.

Cap. XI. Trata de pazes Cleopatra con Cesar. Hazele un presente. Entra Cesar en Egypto. Toma el puerto de Pelusio. Tiene un encuentro con Antonio, y Antonio sale victorioso; pero en el ultimo es vencido. Muere Antonio, quitandose la vida, y lo demàs que sucediò, fol. 179.

Cap. XII. Que trata de la prision de Cleopatra, y entrada del Cesar en Alexandria. Sepultase Marco Antonio. Visita Cesar à Cleopatra, y lo

lo que los dos passaron en esta plática, fol. 204.

Cap. XIII. Que trata de la muerte de Cleopatra, y como la hallaron muerta, con lo demàs que sucediò, fol. 224.

Cap. XIV. Donde se prosigue la vida de Octaviano Cesar, sus victorias, sus virtudes, y buen govierno, hasta su muerte, fol. 248.

DEL

DEL CAPITAN D. SANCHO de Molina y Soto.

SONETO.

La fama de Cleopatra, que yacia,
En el mudo ſepulcro del olvido,
Que un tiẽpo tuvo altar conſtituido,
Yà el Ara eſtaba de ſu perla fria.

Deſde oy con eloquente valentìa
Suene ſu trõpa en buelo yà expedido,
Pues le has (òD. Alonſo!) inſtituìdo
Muchas Aras al Templo que tenia.

Mueva el ràpido curſo generoſo,
Y por la alta region de tu pericia
Inveſtigue los mobles de los Cielos.

Pues le dà con ingenio milagroſo
Tus letras lenguas, tu lecciõ noticia,
Alas tu pluma, tu eloquencia buelos.

PRO-

PROLOGO AL LECTOR.

LEctor amigo, quando por lo escrito de mi parte censures este breve volumen, avràs de abstenerte de mordàz, para con los grandes Poetas, que le honran con sus elegantes versos, padrinos de que me he valido, desconfiado de que en la disposicion de la Historia avrè faltado: su autoridad me valga, para que con mas piedad me satyrizes, perdonando por lo bueno, y admirable, que has leìdo ageno, lo malo, que te tributo de mi rustica cosecha.

VALE.

LO QVE ESCRIVIO DON *Alonso de Castillo Solorzano, todos en Octavo.*

1. Tiempo de regocijo, y Carnestolendas de Madrid.
1. Jornadas alegres.
1. Tardes entretenidas.
1. La Quinta de Laura.
1. Huerta de Valencia, *son Novelas.*
2. Donayres del Parnaso, y Enygmas curiosas.
1. Lisardo enamorado.
1. Patron de Alcira, el Glorioso S. Bernardo de la Orden del Cistèl. *Es Poema.*
1. Las Arpias de Madrid.
1. Las aventuras del Bachillèr Trapaza.
1. La Garduña de Sevilla, hija de Trapaza.
1. Historia de Marco Antonio, y Cleopatra.
1. Sagrario de Valencia.
1. Epitome de la vida, y hechos del Rey Don Pedro de Aragon, III. de este nombre.
1. Los dos Amantes Andaluces.

HIS-

HISTORIA
DE MARCO ANTONIO.
Y CLEOPATRA.

CAPITULO PRIMERO.

Que trata del origen de los Reyes de Egypto hasta Cleopatra.

PARA que se entienda mejor quien es Cleopatra, y que la grandeza de animo que tuvo era valor, heredado de sus esclarecidos progenitores, serà bien dàr razon de la succession de su linage desde Ptolomeo el hijo de Lago, que fue el primero de los Ptolomeos, que reynò en Egypto, y diò este nom-

bre à todos los demàs Reyes hasta Cleopatra, que fue la ultima señora de aquel Reyno, que quedò Provincia tributaria à los Romanos.

1 Lago fue un soldado de los particulares, que en el Exercito de Philipo, padre de Alexandro avia. Un hijo de este, à quien llamaron Ptolomeo (que en Griego quiere decir belicoso) fue tan privado de Alexandro por su virtud, y grande esfuerzo, que valiò siempre mucho con èl. A este (quando muriò aquel poderoso Rey) entre los demàs Capitanes, que repartieron entre sì los Reynos, y Provincias, que dexò, le cupo à Egypto, segun

gun dice Plutarco, y èl con su valor, y prudencia acrecentò mas su Monarquia, con mucha parte de Africa, y de Arabia, reynò governando cuerda, y prudentemente quarenta años.

2 Sucediòle Ptolomeo Philadelpho su hijo, el que juntò aquella tan insigne, y nombrada Libreria, donde avia mas de cinquenta mil volumenes de libros. Este fue el que con solicito cuydado hizo trasladar à los setenta Interpretes el Testamento Viejo: fue hombre de grandes partes, y muy docto.

3 A Philadelpho sucediò su hijo Evergetes, sino tan eminente, y erudito como su padre,

buen Rey, y que governò pacíficamente.

4 A este sucediò brevemente su hijo Philopator.

5 A Philopator, el valentísimo Epiphanes su hijo.

6 A Epiphanes, su hijo Philomator.

7 A Philomator, su hermano, que llamaron Sother, ò como otros dicen, Phiscon.

8 A Sother le sucediò su hijo Laturo.

9 A Laturo su hijo Auletes, el padre de Cleopatra. Fue hombre muy vicioso, y particularmente muy aficionado à la musica, à las danzas, y bayles, de donde le llamaron Auletes, que

en

en Griego quiere decir Meneſtril. Todos eſtos Reyes, deſpues del terzer Ptolomeo fueron muy vicioſos, y vivieron muy mal, principalmente el quarto, el ſeptimo, y el ultimo, hacia lo miſmo que quentan de Neron; y ſe preciaba tanto de la muſica, que ponia certamenes, y contiendas de ella en ſu Palacio, y ſeñalaba premios coſtoſos, para los que con mas deſtreza ſe ſeñalaſſen, y èl muchas vezes entraba en eſtas Academias con los otros muſicos. No pudiendo los Alexandrinos ſufrir ſu opreſsion, le quitaron el Reyno, y de tres hijas que tenia, à la mayor, que era legitima, hicieron Reyna. De

los hijos (que eran dos) por ser pequeños , con edad insuficiente para reynar , no hicieron ninguna quenta de ellos.

Trataron luego de buscar marido para la jurada Reyna, trayendole de Siria uno , que se llamaba Cibiosactes , que se fingiò ser de la prosapia de los antiguos Reyes de Siria ; pero dentro de breve tiempo , no pudiendo sufrir la Reyna su civil condicion, apartò de sì. Truxeronle otro, que tambien dixo ser hijo de Archelao, y nieto de Mitridates , el qual no era sino hijo de Archelao , el que peleò contra Silla, varon à quien tuvieron en mucha reputacion los Romanos. A

es-

este (sin saber para què venia) unos amigos suyos, que eran de los principales de Egypto, le truxeron à la Reyna; y casandole con ella, le hicieron Rey.

Mientras esto passaba, Ptolomeo Auletes se fue à Roma; y por medio de Pompeyo (à quien escogiò por valedor suyo) dio orden el Senado, como fuesse buelto à su Reyno, y que matassen à los Embaxadores, que vinieron de Egypto contra èl, como à traydores à su Rey, los quales eran mas de ciento.

Embiaron con èl à Gabino, para que le pusiesse en pacifica possession en su Reyno, el qual lo hizo tan valentissimamente,

que dando la muerte à Archelao, y à su muger, hija de Auletes, le bolvio à restituir en èl, aunque le duro pocos dias, porque luego murio de enfermedad, dexando quatro hijos, dos varones, y dos hembras, de los quales la mayor era Cleopatra, los Alexandrinos hicieron Rey al hijo mayor, q̃ se llamaba Ptolomeo Dionisio, y juntamente con èl à Cleopatra; pero los privados del muchacho, moviendo sediciones, y alborotos dentro de su Palacio, echaron de èl à Cleopatra, la qual con su hermana se fue huyendo à Siria; y para decir la muerte de este Rey, es forzoso que digamos la ocasion de

ella,

ella, que paſso de eſta ſuerte.

CAPITULO II.

De la victoria de Julio Ceſar, la muerte de Pompeyo, y la de Dioniſio penultimo Rey de Egypto.

DEſpues de los reñidos encuentros, que tuvieron Ceſar, y Pompeyo, ſe reſolvieron à darſe el uno al otro campal batalla, llevando Pompeyo de ſu parte quarenta y cinco mil Infantes, y ſiete mil cavallos, y Julio Ceſar veinte y dos mil Infantes, y ſolos mil cavallos, con la qual gente ſe preſentaron la batalla, la primera vez cerca de

la

la Ciudad de Dirachio, donde le fue mal à la gente del Cesar, porque apretandoles los contrarios, comenzò à huìr, sin poder ser detenida hasta el Real, y aloxamiento, que tenian fortificado, y aun aquel desamparaban algunos, no teniendo animo para defenderle. Pompeyo penso (por la opinion que tenia concebida del Cesar, sabiendo quan bien peleaba) ser esta huìda estratagema; y temiendose de algun engaño, dexo de seguir la victoria, mandando recoger la gente, sin combatir el campo de su enemigo, al qual viniendo Cesar despues de su rompimiento, puso el recaudo, y cobro que convenia

nia, como aquel que tenia igual el animo en la adverſidad, que en la proſperidad, y dicen, que dixo à ſus ſoldados: el fin de nueſtra parcialidad fuera cierto oy, ſi nueſtros enemigos tuvieran Capitan, que ſupiera vencer.

Perdio Ceſar en eſte encuentro mucha gente; entre ella fueron quatrocientos Equites Romanos, diez Tribunos de Milites, y treinta y dos Centuriones, y ganaron los enemigos treinta y dos vanderas.

Pompeyo hizo ſaber eſta victoria por diverſos Reynos, teniendoſe por vencedor de ſu contrario. A eſta arrogancia anti-

ticipada, sin aver visto los fines de sus sucessos, escrivio el ilustrissimo Don Gaspar Mercader, Conde de Buñol, cèlebre en el ingenio, y aplaudido por sus generosas acciones en España este

SONETO.

De poder à poder, de gente à gente;
Se dàn Pompeyo, y Cesar la batalla,
Corta el azero la menuda malla;
Tiñe la sangre todo arnès luciente:
En los dos la fortuna indiferente;
Ni este vence, ni aquel se le avassalla;
Mas declarada con el Cesar halla,
Que es vencido su exercito valiente.
Pompeyo, que el alcance no ha seguido;
Publica por el Orbe la victoria,
Porque sea de todos aplaudida.
Bolviò el Cesar sobre èl, quedó vencido;
Que no se debe assegurar la gloria,
Quien dexa à su contrario con la vida;

Julio Cesar castigo à algunos Capitanes suyos culpados, y otros Oficiales de su exercito, con lo qual estaba indignada su gente, y corrida del passado delayre, y pedian batalla. No quiso Cesar darla por enronces, considerando no era apropósito con exercito atemorizado, contra el confiado, y victorioso: mas tomando nuevo parecer, embio los heridos, y enfermos à que se curassen en la Ciudad de Apolonia, y èl partio de noche de alli, con la mayor quietud, y silencio que pudo, y tomo su camino para Thesalia, con animo de alentar, y reparar su gente, y apartar à Pompeyo su enemigo de la cos-

costa de el mar, donde era mas poderoso, y tambien esto lo hizo con intento de ir à desbaratar à Scipion, que tenia nuevas, que se venia à juntar con Pompeyo, el qual vista la partida de Cesar, resolvióse à no ir luego en su seguimiento, dexando en la mar tal Armada, que no pudiesse aprovecharse de ella, y llevo animo de passarse à Italia, para apoderarse de aquella Provincia, de las Galias, y España, y despues bolver contra Julio Cesar; mas compelìdo de los varones Romanos, que con èl venian, huvo de mudar intento, y partiò luego tràs Cesar, el qual avia assentado su Real en los campos

Far-

Farsalicos, que son en Thesalia; y viendo yà à su gente con indignacion, y buenas ganas de pelear, no quiso dilatar mas el dàr la batalla à su enemigo, antes se la presentaba cada dia à Pompeyo; el qual conociendo bien, que à Cesar le faltaban cada dia las cosas necessarias; y assi mismo se le enflaquecia, y menoscababa su exercito, dilataba de maña el venir à rompimiento, que como experto, y sabio Capitan que era, deseaba hacer la guerra, deshaciendo à su enemigo, sin poner su reputacion en conocido peligro: mas aunque Pompeyo estaba de este parecer, pudieron tanto los votos de los que con

èl

èl eſtaban, y aſsimiſmo las mur-
muraciones de ſus ſoldados, que
dice Lucano, que contra ſu guſ-
to, y parecer le hicieron venir
en dàr la batalla, en la qual ſe
junto todo el valor, y potencia
Romana de la una, y la otra par-
te, sì bien la gente de Ceſar era
menos en numero, porque todos
los Autores que tratan de eſto
afirman, que era doblada la gen-
te de Pompeyo, aunque mas
practica, y exercitada la de Ce-
ſar; y con ſer una, y otra valien-
te, no fue muy reñida, ni porfia-
da la batalla. Cada uno, pues,
de eſtos Capitanes, reſuelto à
romper con ſu enemigo, orde-
naron ſus eſquadrones como
con-

convenia, y hizieron sus platicas à sus exercitos, excitandoles à pelear con animo, y valor, ponderandoles, que en aquella accion estrivaban sus opiniones, y las de sus Capitanes; y hecha la señal de embestir, segun la costumbre de aquellos tiempos, se comenzò la batalla por entrambas partes. Al principio la cavalleria de Pompeyo, (que era toda de la nobleza Romana, en quien èl tenia puestas sus esperanzas) comenzò de llevar de vencida à Cesar, que era menor la suya, y à hazerla dexar el campo; lo qual visto por Cesar, que no perdia un punto de cuydado, hizo señal para que un batallon

de gente (que para este efecto avia apartado de los otros esquadrones) fuesse à acometer à la cavalleria de Pompeyo , el qual llegò con tanto impetu (deseando restaurar la reputacion perdida) que brevemente comenzaron los contrarios à dexar el campo , de suerte, que de la parte que Pompeyo se pensò le vendria la victoria , le vino el principio de su perdicion ; porque aviendo rompido assimismo las otras hazes , estando con los contrarios peleando , vieron retirarse la cavalleria , y que la victoria la venia siguiendo la gente de Cesar con grande animo , y esfuerzo , llevandoles de

vencida, con lo qual todos comenzaron à desmayar, no aprovechandoles el esfuerzo que les ponia Pompeyo, y sus Capitanes, con lo qual se comenzò luego à declarar la victoria por parte del Cesar, animando esto mas à sus soldados, para hacerles dexar el campo. Viendo esto Pompeyo, se diò por vencido, y assi dexando las insignias, y vestiduras de Capitan; y tomando otras ropas, en el primero cavallo que pudo aver, se fue à mas andar huyendo. A esto escriviò un Soneto el Capitan Don Sancho de Molina, y Soto, obra muy de su agudo ingenio, que le tiene excelente, dice assi:

SONETO.

Para que el corazon mas denodado
A quien impulsa temerario aliento
Pruebe la utilidad del escarmiento,
Provido al vario disponer del hado.
Dexa Pompeyo el campo encomendado
A la tyrana ley del vencimiento,
Que le ampare su mismo rendimiento,
Pues và de su fortuna acaudillado.
Forzòle à desnudar las imperiales
Insignias (y aun de si se desnudàra)
La aspiracion à cosas inmortales.
Que quien contra su suerte se declara;
Ignora que ay sucessos desiguales,
Y heroycas esperanzas desampara.

Retiròse à la Ciudad de Lariſſa, acompañado de ſolos quatro amigos, que ſe le juntaron, que eran Sexto Pompeyo ſu hijo, los dos Lentulos, Favonio varon Pretorio. En eſta Ciudad ſe jun-

taron con Pompeyo hasta treinta de à cavallo, de los que avian huìdo de la batalla. Sin detenerse mucho alli prosiguiò con su fuga hasta la costa de la mar, donde hallando una Nave de Mercaderes Romanos, se metiò en ella, en que se fue hasta la Isla de Lesbos, que es en el mismo mar, donde aora llaman el Archipielago; por lo qual toda la Isla se llamò despues Mithelene, porque en esta Ciudad tenia à su muger, y familia. Llevòla en su compañia; y recogiendo las naves, y gente que pudo, partiò de alli confuso, sin saber determinar adonde iria. Unos le aconsejaban que partiesse à Afri-

ca, porque el Rey Iuba era su amigo, y le ampararia por estàr muy poderoso. A otros les parecia, que debia favorecerse de los Partos. Finalmente èl se resolviò en ir à Egypto, por la amistad que avia tenido con Ptolomeo Auletes, padre de Ptolomeo Dionisio, que al presente reynaba, por aver sido agassajado, y amparado de èl, quando le quitaron el Reyno, hasta hazerle bolver à la possession de èl. Assi, aviendo tocado primero en la Provincia de Cilicia de Assia, y en la Isla de Chipre, hasta llegar à la Ciudad de Alexandria.

Julio Cesar, habida la vic-

to-

toria, usò en ella de su acostumbrada clemencia, no consintiendo matar, ni herir à ninguno de los Romanos de la parte contraria, antes los agassajò, y reduxo à su dominio. Entre los prisioneros fue uno Marco Tullio Ciceron, aquel insigne Orador. En esta batalla murieron de la parte de Pompeyo quince mil hombres (segun el mismo Cesar escrive en sus Comentarios) y de la suya menos de dos mil. Sabiendo, pues, Cesar por espìas que tenia puestas, el camino que Pompeyo llevaba en su fuga, partiò luego en su seguimiento, con la mas suelta gente que traìa por no darle lugar à que se rehi-

cieſſe. Llegando, pues, à la coſta del mar, (dandoſe en eſte camino todas las Ciudades por donde paſſaba à ſu obediencia) juntò las mas Naves, y galeras que pudo, y con las que Caſio le entregò, (que entonces ſe reduxo à ſu ſervicio, y gracia) embarcò en ellas ſu gente, y paſsò à Aſsia la menor, donde ſiendo aviſado, que Pompeyo avia eſtado en la Isla de Chipre, luego preſumiò, que avria tomado el rumbo de Egypto; y aſsi tomò èl el miſmo, con ſolas dos legiones enteras de gente Veterana, con las quales llegò con buen tiempo à Alexandria, donde antes ſe ha dicho, que avia aportado Pom

pe-

peyo; el qual confiado en los beneficios, y agaſſajos, que à ſu padre del Rey Ptolomeo Dioniſio hizo en Roma, avia embiado à pedirle ſu ayuda, y favor; mas como à los caìdos pocos les guardan fee, y amiſtad, y en las adverſidades comunmente ſe olvidan los beneficios recibidos, el Rey le concediò lo que le pedia, con que ſe vino Pompeyo ſobre ſeguro deſde la Nave en que eſtaba à un batèl, y con èl llegò à tierra, mas antes que à ella llegaſſe, fue muerto por orden de el Rey, executando eſta cruèl accion Septimio un ſoldado de quenta, y un compañero ſuyo, llamado Achila, penſando

do

do Ptolomeo con esta accion lisongear al Cesar, y ganar su gracia. A esto escrivì el soneto que se sigue.

Del militar poder despossèido;
Sin las insignias de explendor Romano;
Pompeyo por asylo al Egypciano
Reyno en su adversa suerte le ha elegido;
De su Rey con seguro prometido
Espera auxilios de su franca mano;
Y assi expone con brio soberano
Su persona à experiencias del partido:
Dexa su nave, y un batel ligero
(Antes de vèr principio en su bonanza)
Fue cadahalso, en que perdió la vida.
Incauto se fió de un lisongero,
Que donde se atravieſſa la privanza;
Ni ay promeſſa fiel, ni fee cumplida.

Todo esto se avia hecho por consejo de Fotino Eunuco, Governador, y gran privado del Rey.

Su

Su muger de Pompeyo, y Sexto Pompeyo su hijo se fueron huyendo en la misma Nave en que avia llegado à Alexandria.

Entrando, pues, alli el Cesar, y siendo recibido en la Ciudad, le truxeron luego presentada la cabeza de Pompeyo, el anillo, y sello, con lo qual dice Plutarco, que llorò grande rato el fin, y desdichado suceſſo de las grandes venturas, y prosperidades de Pompeyo, que con tanta honra, y fama avia triunfado tres vezes, y sido otras tantas Consul en Roma, donde avia governado tantos años, siendo en ella respetado de todos. A este assumpto hizo un Soneto el claro,

ro, y agudo ingenio del Doctor Montalvàn, tan conocido de todos por ſus obras, que ſe han oìdo en los mejores Teatros de Eſpaña, con admiracion, y aplauſo general; y eſto miſmo ha conſeguido con ſus eſtudioſos libros

SONETO.

Aquel ſolo en el mundo joven fuerte;
Señas del primer Ceſar que vió Roma;
De ſu enemigo entre las manos toma
El principal fragmento de la muerte.
Viſta, pues, ſu ruìna de tal ſuerte
De parte allà del animo, ſe doma,
Que à los balcones de la viſta aſſoma
Liquidas anſias, que en criſtal convierte.
Llora el Romano, y con ſu llanto laba
El libro yà deſcuadernado, y yerto,
Que fue de Marte, y de Cupido aljava:
Llorale en fin, ſi yà ſu llanto incierto
No fue ambicion, por vèr que le faltaba
La ocaſion de vencer Pompeyo muerto.

De aqui se saca quan poco ay que fiar en poderes humanos, pues siendo los de este gran Capitan tan grandes, como se han visto, en breve tiempo los vemos deshechos, y èl vendido, y puesta su cabeza en las manos de su mayor enemigo; sì bien en esta ocasion no lo mostrò ser en el lastimoso llanto que hizo sobre ella, en la presencia de tantos Capitanes, y soldados como le acompañaban, cuya piedad realzò para con ellos su opinion, y tuvo de alli adelante mayores quilates, adquiriendo fama tan piadosa accion.

Llegò Cesar à Egypto en tiempo que entre el traydor Ptolo-

lomeo, y Cleopatra su hermana avia grandes discordias sobre la division, y herencia del Reyno, en las quales Cesar, como Consul Romano, quiso intervenir. Cleopatra entonces estaba en Siria, donde sabiendo la venida de Cesar à Egypto, le embiò à pedir licencia para venir à tratar delante de èl el pleyto que traìa con su hermano, que con tanta sinrazon la avia echado de Egypto. Cesar, ò por la aficion que por las nuevas tenia à Cleopatra, ò porque supo que Fotino el Ayo de Ptolomeo intentaba matarle, como avia hecho à Pompeyo, y que para esto andaba aguardando oportunidad,

dad, embiò à decir à Cleopatra, que vinieſſe luego: ella lo puſo en execucion, y fiòſe para eſto de Apolodoro Siculo, uno de ſus mas confidentes criados. Llegada à Alexandria à prima noche, ſe metiò en una barca, y entròſe en Palacio, donde porque no la echaſſen de vèr, mandò à Apolodoro, que la metieſſen entre ciertos lios de ropa, que llevaban; y aſsi ſe hizo, hallandoſe de eſta manera en preſencia de Ceſar, que le cayò muy en gracia la invencion: fuera de eſto ella era muy hermoſa, de alegres ojos, y afable ſemblante, acompañando eſto con mucha diſcrecion, y donayre en qual-

qualquiera cosa que decia, de suerte, que al hombre mas uraño, de corazon mas intratable, le rindiera tener tal objeto delante de sì, quanto mas al Cesar, que era tan apasionado en esta parte, *y demasiado dado à amores de mugeres.* A esta visita, hecha con tal modo, hize este Soneto.

De la Corona Egypcia pretensores
Son la hermosa Clopatra, y Ptolomeo;
Cada qual (que al reynar muestra deseo)
En su defensa tiene valedores.
Cesar, por evitar que los rigores
No lleguen entrehermanos à trofeo,
Es arbitro Juez, en cuyo empleo
Se ocupan los Romanos Dictadores.
Cleopatra (que defiende su partido)
Al Cesar con secreto informar quiere,
Y hallando en èl la audiencia que procura;
Viòla, y quedò de su beldad vencido,
Buena sentencia la Egypciana espere,
Que es el mayor soborno la hermosura. Vea

Venia Cleopatra ricamente aderezada, y compuesta para hacer al Cesar esta visita, en la qual le hablò con tanta afabilidad, y blandura, que al punto se hallò Cesar rendido, sin resistencia alguna. Aquella noche se quedò con èl, y à la mañana embiò Cesar à llamar à Ptolomeo (yà no como Juez, sino como Abogado de Cleopatra) queriendo componer las diferencias, que entre los dos hermanos avia.

Vino Ptolomeo, y entrò donde Cesar estaba aguardandole; y como viesse alli à su hermana, sin aver sabido antes su venida, recibiò tanto enojo, assi de verla alli, como de los tra-

tos que el Cesar intentaba, que sin oirle palabra se saliò de la sala, à otra donde estaba el Pueblo, diciendo en altas vozes: traycion, traycion; y con esto arrojò la Diadema en el suelo. Fue tanto el escandalo de los Egypcios, que tuvo Cesar necesidad de hablarlos desde lugar seguro, y prometerles, que en la composicion de los dos hermanos se haria todo muy à su voluntad. Despues de esto saliò al Ajuntamiento de la Ciudad, y mandò leer el testamento de Ptolomeo Auletes, padre de los litigantes, donde mandaba, que Cleopatra (conforme à la costumbre de los Egypcios) casasse

con

con su hermano, y los dos fuessen Reyes de Egypto, dexando la execucion de este testamento al Pueblo Romano; por cuya causa Cesar, como Dictador que al presente era, procurò mandarlo poner en execucion. La orden que diò fue, que Ptolomeo el mayor, y Cleopatra, fuessen Reyes de Egypto, y Ptolomeo el menor, y Arsinoe (que era la otra hermana) Reyes de Chipre. Esto no tuvo efecto, porque Fotino (el que fue causa de la muerte de Pompeyo) como tenia tanta mano con Ptolomeo Dionisio, de quien era Ayo, diòle à entender quan de la parte de Cleopatra estaba Cesar, y que

se temia que le avia de suceder mal por esto; y assi viendo la poca gente que tenia Cesar consigo, fiado Ptolomeo en veinte mil hombres de guerra que tenia cerca de la Ciudad, quiso hazer de èl lo que de Pompeyo; y assi se comenzò la guerra entre las Naves, y Galeras muy sanguinolenta, y assimismo en la Ciudad, en la qual estaban de tres partes de ella apoderados los Egypcios. Viòse aqui Cesar muy apretado, obligandole la necessidad à pelear algunas vezes por su persona, y una se viò muy à pique de ser vencido, sino se arrojàra al agua, y se entràra en un batèl, y de èl à una de sus Galeras. Pero

fi-

finalmente, viniendole sus gentes de Asia, donde las avia dexado, al cabo de nueve meses que durò la guerra, saliò vencedor, como de todas las que tuvo, y muriò aquel Ptolomeo, domada la sobervia de los Egypcios y assimismo muerto los que avian muerto à Pompeyo. A este proposito escrivì este

SONETO.

De Pompeyo la sangre derramada,
Por el Rey Egypciano su homicida,
Cada gota pidiendo està la vida,
Que fiò de su fee tan mal guardada.
Tema del Cielo vengadora espada
El ofensor, no piense que se olvida,
Que si està su justicia detenida,
Tiempo llega en que sea executada:
Con el mismo en que puso su esperanza,
Halla su muerte acerva Ptolomeo,

Que quiso aumento proprio à costa agena,
Cesar su executor de su venganza,
Que quien adula con traydor empleo,
Paga su ofensa con la misma pena.

Sujetò Cesar à todo Egypto, no aplicando este Reyno al Imperio Romano, antes lo diò à Cleopatra; pero temiendo que los Egypcios no moviessen algunas novedades, por verse governar de muger; y que tambien el Pueblo Romano no lo tuviesse à mal principalmente porque los amores que con ella tenia eran algo publicos; casòle con el segundo hermano, y mandò que el Reyno fuesse de los dos, y esto hacia Cesar para dàr sombra al negocio, porque era muy mucha-

cho,

cho, y todo lo mandaba Cleopatra, y Cesar gozaba de ella à su voluntad, haciendo ella lo que queria del Cesar, al qual tuviera en Egypto mucho tiempo, sino le forzàra à ir de alli, la quexa de Pharnazes, hijo del poderoso Rey Mitridates.

En este tiempo nacìo Ptolomeo Cen Cesarion, hijo de Cesar, y Cleopatra, à quien despues matò Augusto, por consejo de Ario Filosofo, que le dixo, que no era buena la muchedumbre de los Cesares. Acabadas las guerras Cesar, bolviò à Roma triunfante, con los despojos de Pharnazes, à quien avia vencido, adonde le vinieron à

vèr Ptolomeo, y Cleopatra, dandoles por posada su palacio; y los amores que solo se avian oìdo en Roma, se vieron por los ojos, y fueron causa que de Cesar se hablasse mal. Mas èl no haciendo caso de esto, mandò escrivir à estos Principes Egypcios en los libros publicos, y entre los Reyes, amigos, y compañeros del Pueblo Romano.

*** *** ***
*** ***
***

CA-

CAPITULO III.

En que se dà cuenta de la conjuracion hecha contra el Cesar, quienes se hallaron en ella, y de la muerte de aquel grande Emperador.

SOlos cinco meses avia (segun dicen varios Autores) que el Cesar estaba pacifico en Roma, quando se conjuraron en su muerte aquellos de quien mas se fiaba; y siendole aconsejado, que traxesse consigo guarda, como antes acostumbraba, de Españoles, por temor de esta conjuracion, èl dixo, que no lo queria hazer, porque gustaba antes mo-

morir de una vez, que vivir de continuo con temor, y cuydado. Las causas por què lo querian matar, dicen ser porque se queria apellidar Rey de Roma, cosa en extremo odiosa à los Romanos, de lo qual huvo muchas premissas, y sospechas. Juntòse à esto el aborrecimiento que causò vèr el desprecio, que con sobervia, y altivèz hacia de todos, sucediendo, que entrando una vez todo el Senado en el Templo de Venus, donde èl estaba, le esperò sentado, sin levantarse, no como lo solia antes hazer, aunque algunos afirman, que Cornelio Balbo le detuvo, que no se levantasse; y fue cosa muy

notada, y odiosa à todo el Pueblo Romano. Estas, y otras cosas que le imputaban, fomentò la conjuracion, de modo, que para irritar à los conjurados, hallaban de noche puestos rotulos en la estatua de Bruto (que antiguamente avia echado à los Reyes de Roma) y en ellos decian estas palabras: *Ojalà fueras oy vivo Bruto.* Y en la de Marco Bruto, que en aquella sazon era Pretor, y decendiente de este, avia otros rotulos, que decian: *Mucho duermes, tù no debes ser decendiente de Bruto.* Sin estos avia otros, que contenian lo mismo, puestos en varios lugares, de manera, que con todas estas cosas,

y

y otras, fueron conjurados para la muerte de Cesar mas de setenta hombres de los principales de Roma, incitandose unos à otros secretamente. De estos fueron las principales cabezas, Decio, Marco Bruto, y Cayo Crasso, siendo el Marco Bruto tenido por hijo de Cesar. Con estos fueron tambien Cayo Casca, Quinto Ligario, Marco Spurio, y otros muchos hombres señalados; los quales despues de algunas juntas, y conferencias que tuvieron, determinaron darle la muerte à Cesar à los Idus de Marzo (que es à quinze de este mes) en el Templo en que se avia de hazer el Senado aquel dia. Todo esto

se

se concertò con tanto secreto, que con ser mucho el numero de los conjurados, se tuvo en grande silencio, hasta la execucion, pero acaecieron tantas señales, y prodigios, y à Cesar le sucedieron tantos agueros, que sin saber el daño que le estaba prevenido, todos temian, que la muerte de este gran Heroe avia de ser muy presto. Spurina, que era Auriſpice, y adivino, le avisò, que se guardasse hasta passados los Idus de Marzo, que corria gran peligro su vida. Su muger del mismo Cesar, le pidiò afectuosamente, que no fuesse aquel dia al Senado, porque aquella noche le avia soñado muerto en

su

ſu cama. Finalmente, por tantos caminos fue aviſado Julio Ceſar, que eſtuvo determinado à embiar à decir aquel dia al Senado, que le tuvieſſen por eſcuſado en ir à èl, dilatando el hacerle para otro dia; pero como Dios tuvieſſe determinado, que murieſſe entonces, acertò à hallarſe à eſta platica MarcoBruto, uno de los conjurados en ſu muerte, el qual aconſejò à Ceſar, que en ninguna manera moſtraſſe tal temor, y con eſſo ſe determinò à ir al Senado. Eſcriven Suetonio Tranquilo, y Plutarco, que el Ceſar tuvo en poco el morir, ſoſpechandoſe de èl, que quiſo ſer muerto de eſta mane-

ra, porque decia èl, que no le importaba tanto assi su vida, como aventurar la Republica en que èl la perdiesse. Al fin Cesar saliò esse dia al Senado en litera; yendo por la calle, le fue dado un papel, en forma de memorial, pidiendo quien se le diò, (que algunos dicen fue Artemidoro amigo suyo) que le leyesse luego: en èl iban escritos todos los de la conjuracion, y como avia de hacerse, y la execucion de ella. Comenzò Cesar à leer el papel, pero fue tanta la gente que se llegò à hablarle en diferentes negocios, que embarazado en su despacho, dexò de leerle, y despues de muerto se le

le hallaron en la mano. Yendo assi por la calle, se encontrò con Spurina, el que le avia advertido se guardasse hasta passados los Idus de Marzo; y como le viò Cesar con rostro alegre, y como haciendo burla de èl, le dixo: Sabes Spurina, como son yà los Idus de Marzo? Sì, respondiò Spurina, pero sè, que aun no son passados. Llegado Cesar al Templo, saliò de su litera, y entrò dentro; y hechos primero los sacrificios, como tenian de costumbre, los quales (segun las supersticiones de aquellos tiempos) le acudieron mal, y infelizmente, se sentò el Cesar en su assiento en el Senado, y en-

entreteniendo à Marco Antonio à la puerta de èl, Bruto Albino, como estaba concertado, uno de los conjurados, llamado Celer, se llegò à Cesar, con achaque de suplicarle, que alzasse el destierro à un hermano suyo: acudieron los demàs conjurados, como à rogarle esto, y assi se llegaron à su estrado, lo qual visto por Cesar, no sospechando malicia alguna de esto, les dixo, parece fuerza esta; y à este tiempo (comenzandolo uno de ellos, llamado Casca) sacaron todos las dagas, ò puñales, y algunas espadas, que para este efecto encubrian, y comenzaron à herir à Cesar. El primer golpe que re-

cibiò, dicen, que fue de Casca por la garganta, con la qual herida diò una voz, diciendo, què hazes traydor Casca? Y tomandole de las manos el puñal, se levantò, y dio al mismo Casca una herida, que le passò un brazo, y al assegundar con otras, fue estorvado, por otras heridas que le fueron dadas, saltando Cesar de una parte à otra con grande animo de defenderse. Viò à Marco Bruto, cuya autoridad, y reputacion era grande, el qual tenia la espada desnuda, y con ella le avia herido en un muslo y escriven los Autores, que hablan en esto, que se espantò mucho en verle, y que le dixo en

len

lengua Griega, (la qual comunmente hablaban los Romanos) pues como hijo, tù tambien? Y dicho esto, viendo tanta multitud de armas sobre sì, y que nadie estaba de su parte, porque fue tanta la confusion del Senado, que todos pensaban ser muertos, y ninguno osò acometer por cosa desesperada en defensa del Cesar, el qual acordò de guardarse (enmedio de esta tribulacion) el decoro à sì mismo, y assi con la mano derecha se cubriò con la toga que tenia vestida, y con la izquierda se apretò, y puso bien los demàs vestidos, por morir decentemente, y assi cubierto cayò en tierra, rindiendo

el espiritu luego, con veinte y tres heridas. Fue notable caso lo que sucedio, que viniesse Cesar à caer junto à la bassa, y assiento de Pompeyo su enemigo, que fue notado por juicio, y permission del Cielo.

A este assumpto escrivio estas Octavas el agudo ingenio de el Maestro Francisco Novella, Cathedratico de Retorica en las Escuelas de la insigne Universidad de Valencia, cuyos escritos son siempre muy estimados en todas manos.

***

)(§)( )(§)(

OTA-

OTAVAS.

La patria, libertad de honor vestida,
Si bien de embidia, y de furor armada,
Insolente se opone, y atrevida,
Contra el valor de Cesar conjurada:
Fines previene atrozes à su vida,
Que lauros ganó honrosos con la espada;
Porque tenga el volumen de sus glorias
Capitulo de tragicas memorias.

En el que ennobleció sacro Senado,
Con belicos tropheos, y blassones,
Despues de aver al Capitolio honrado
Con despojos de innumeras Naciones:
Acomete tumulto acelerado
A executar dañadas intenciones,
Y delante se ofrece disoluto
Con agudo puñal inmane un Bruto.

De brazo impio, el atrevido azero
A un barbaro se arroja desatino,
Loco intentado, executado fiero
En magnanimo pecho diamantino:

De hijo opinado, el golpe fue primero;
Que a la muerte cruel abriò camino,
Llora el mismo puñal, porque se infama;
Y de sangre las lagrimas derrama.

Heridas veinte y tres ayradas manos
Cumulan, y al varon constante, y fuerte;
Rigores de homicidas inhumanos,
A las manos conducen de la muerte;
Antiguos obscurece hechos Romanos
La sangre generosa que se vierte,
Porque en bocas de heridas, es la lengua
Publicadora de su infamia, y mengua.

Ocupa el suelo con dolor profundo,
Privado, no del animo valiente, (do;
Que assombro un tiempo fue, y terror del mun
Que conquistó de Septentrion à Oriente;
Y casi sin aliento (à sin segundo,
Y raro exemplo) por quedar decente,
A componer la toga (tanto estima
La honestidad) muriendo yà se anima.

Al heroyco valor jamàs vencido,
La que ni à cetro, ni à Segur perdona;

Su-

Sujetò, y à rigor nunca temido
La Mageſtad poſtrò de ſu perſona:
La eſtatua de Pompeyo, que renaido
Aun oy de Ceſar el valor pregona,
Teniendole à ſus pies difunto, dice:
Nadie ſe llame haſta morir felice.

De eſta manera acabò la vida el mas valeroſo, fuerte, y prudente Capitan, que (ſin duda ninguna) haſta ſus dias avia avido en el mundo, y aun no sè ſi deſpues, en valor, y poder humano; porque contadas bien las excelencias, gracias, y habilidades, el animo invencible, el eſfuerzo incomparable, las victorias, y batallas, que venciò, las Provincias, Reyes, y Naciones que ſujetò, y truxo à ſu obediencia, los aviſos, ardìdes, y eſtra-

tagemas que usò para ello, su generosidad, su prudencia, su piedad con los vencidos, su prodigalidad con los vencedores, compañeros de sus victorias, los grandes propositos que tenia quã do se comenzò la conjuracion de continuar esto, hallarseha por cierto, que en ninguna cosa de las dichas, ni en las que se podrian decir, le aya hecho ventaja Capitan, ni Rey alguno. Fue muerto Cesar, siendo de edad de cinquenta y seis años, quatro mas viviò despues de la muerte de Pompeyo, en el año de la fundacion de Roma setecientos y diez; segun Orosio, y de la creacion del mundo (segun otros Au-

to-

tores) de tres mil novecientòs y diez.

No dexò este gran Principe hijo, ni hija, que aunque fue quatro vezes casado, no huvo mas que à Julia, que casò con Pompeyo; y assi por esto avia adoptado por hijo à Octaviano Cesar su sobrino, que despues llamaron Augusto, el qual era nieto de Julia su hermana, y de Acio Balbo, y hijo de Acia su sobrina, y de Octavio Pretor en Macedonia, que muriò brevemente.

Hallose Octaviano en esta ocasion en la Ciudad de Apolonia, donde assistia por mandado del Cesar su tio, que oy es la Pro-

vin-

vincia de Epiro. Esperabale alli para ir à la guerra de los Parthos, era mancebo de edad de diez y siete años.

CAPITULO IV.

De lo que sucediò despues de la muerte de Cesar, y como entrò en Roma Octaviano, y las disensiones de Marco Antonio con èl, hasta vencido, con lo demàs de que se dà quenta.

DEspues de la muerte de Cesar, muerto tambien Ptolomeo el hermano de Cleopatra, y juntamente su esposo, ella se quedo absoluta señora de los dos Rey-

Reynos de Egypto, y Chipre en el Oriente, y con ellos mucha parte de Arabia. Entre tanto en Roma, como Octaviano tuviesse emúlos, fuèle impuesto, que su abuelo de parte de padre avia sido Cambiador, y su visaguelo Libertino, que es lo mismo que esclavo yà libre; pero no parece verosimil, que hijo de tales padres fuesse admitido en el Senado, y hecho Pretor, y que Julio Cesar, siendo de tan clara progenie, y altos pensamientos, lo casasse con su sobrina, y si algunos Autores tratan de ello, como Suetonio Tranquilo, es como cosa que no tiene forma de verdad.

Sa-

Sabiendo Octaviano la muerte de su tio, por ser avisado de ella donde estaba, y llamado por su madre, partiò luego de Apolonia, y vino con la mayor priesa que pudo à Roma, acompañandole algunos amigos de Cesar su tio, de los que en Epiro, y Macedonia estaban esperando la empressa, y guerra, que para Asia se prevenia; y llegando à Brundusio, hallò alli ciertas Legiones, que por mandado de Cesar avian venido à embarcarse para la referida guerra, que se esperaba emprehender; y de todos los soldados, y Milites de ellas fue recibido con mucho amor (segun Apiano) alli fue don-

donde tomò nombre de Cesar, por la adopcion de su tio. Dexose de llamar como su padre Octavio, y llamose Cayo Cesar, hijo de Cayo Julio Cesar, y vulgarmente fue llamado Cesar Octaviano, con que conservò las dos memorias, de el padre natural, y del adoptivo. Partiò, pues, Cesar Octaviano de Brundusio, tomando el camino para Roma, acompañandole los Veteranos, soldados de aquellas Legiones, y en el camino se le juntaban muchos mas, y con estos, y otros amigos de la parcialidad del difunto Cesar, entrò en Roma con grande ostentacion suya, y aplauso de los Romanos. Estaba à la

ſazon Marco Antonio muy poderoſo, ſiendo Conſul, y à eſto ſe juntaba el ſer muy arrogante, y como eſtuvieſſe ſentido de que Octaviano le avia ſido preferido (ſegun quenta Plutarco) no le ſaliò à recibir en ſu entrada como los demàs, y eſta fue la primera ſeñal por donde todos preſumieron, que avia de aver diſcordia entre los dos. TraìaOctaviano grande deſeo de vengar la muerte de Julio Ceſar ſu tio; mas por ſu madre, que por Philipo ſu padraſtro, con quien era caſada. Diſsimulò, aconſejandole los dos, que eſto le convenia hacer, y eſto hizo, porque conſiderò, que por una parte el

Se-

Senado avia aprobado la muerte de Cesar, y que por otra Marco Antonio (que avia de ser el principal valedor para este intento) no se le mostraba afecto, y estas dos causas le obligaron à seguir el consejo de su madre, y de Philipo, hasta mejor ocasion; y por confederarse con Marco Antonio, para disponer esto, le fue luego à visitar à su casa; y sabiendo que todo el dinero, y tesoro, que Julio Cesar avia dexado, lo tenia en su poder, despues de aver tratado en otras cosas, le pidiò se lo mandasse entregar, para cumplir sus gastos, y hazer un repartimiento, que su tio avia dexado ordenado. A esto,

esto, y todo lo demàs que Octaviano le propuso, le fue respondido por Marco Antonio con mas altivèz, y gravedad de la que el pensamiento, y animo de Octaviano podia tolerar, y aun dandole Antonio reprehensiones por averlo propuesto, por lo qual se comenzaron entre los dos las competencias, y discordias, ayudandose Octaviano de los consejos de Marco Tulio Ciceron, grande enemigo de Marco Antonio, cuya autoridad (por su saber, y eloquencia) estaba en Roma en grande predicamento. Crecieron las discordias; y aunque amigos de los dos se entraron de por medio para compo-

ner-

nellos, y casi los tuvieron conformes, llegaron despues à tanto rompimiento, que creciendo el poder de Octaviano, por la ayuda de Ciceron, huvo Antonio de salir de Roma, comenzando luego à juntar gente de guerra por Italia. Hizo quatro legiones de soldados viejos contra èl. Tenia entonces Decio Bruto la Galia Crisalpina, que aora llamamos Lombardìa, y erale contrario à Antonio, irritado por cartas de Ciceron, por lo qual le fue à cercar en la Ciudad de Mutina, que aorá se llama Modena. Sabido esto en Roma, pudo tanto Ciceron en el Senado, que despues de muchas alterca-

ciones, y cosas que passaron, fue declarado Marco Antonio por enemigo comun, y embiados contra èl los nuevos Consules, llamados Hircio, y Pansa, y con ellos à Octaviano, con titulo de Propretor, y con parte del exercito, aviendo sido recibido primero en el Senado, aunque no tenia mas de diez y ocho años. Todo esto dispuso, y encaminò la solicitud de Ciceron, aunque despues le fue mal agradecida, como adelante se verà. Octaviano, y los Consules se acercaron cõ su exercito al de Marco Antonio, quedando por cabeza de las cosas de Roma Marco Tulio, Ciceron. Despues de aver tenido al-

algunos trances entre los dos exercitos, al fin huvieron de venir à batalla, de la qual salieron victoriosos Octaviano, y los Consules, sì bien muriò el uno de ellos, que fue Hircio, y Pansa saliò herido, el qual muriò de la herida despues, quedando Octaviano con todo el Exercito, con lo qual Decio Bruto fue librado del cerco, y Marco Antonio con parte de su exercito escapò huyendo. Aqui dicen Suetonio Tranquilo, y otros Autores, que Octaviano se señalò grandemente, governando como muy prudente, y diestro Capitan, peleando assimismo como valeroso Soldado; y entre otras cosas que hi-

zo, fue esta, que viendo venir muy mal herido al que llevaba el Estandarte de la Aguila, y vandera de su Legion, que era la insignia Romana, Octaviano se la tomò, y la truxo gran rato, hasta ponerla en cobro. No se escapò Octaviano de ser calumniado en esta ocasion, pues le imputaron en ella no menos que aver muerto al Consul Hircio, y assimismo à su compañero Pansa, haciendole echar ponzoña en las medicinas, con que les curaban las heridas. EscapandoseMarco Antonio, recogiò las reliquias del Exercito, y passò los Alpes, yendose à Francia, donde procurò tener la amistad de Lepido,

que

que estaba alli con su exercito, desde en vida de Julio Cesar, con este se hizo muy amigo.

Octaviano (despues de la victoria) viendose libre, sin la autoridad de los Consules, comenzò à querer poner en efecto sus designios, con los altos pensamientos que con la hacienda avia heredado del Cesar su tio. Embiò luego à pedir al Senado triunfo por la victoria, y assimismo el Consulado, por el tiempo que les faltaba de cumplir à los Consules que avian muerto; pero sus peticiones no fueron admitidas por el Senado, como pretendia, porque los deudos, y amigos de los de la conjuracion

de Julio Cesar comenzaron à temerle, pesandoles mucho de verle tan poderoso, y por esto tuvieron mano para diferirle lo que pedia, pero al cabo se resolvieron en asignar el exercito à Decio Bruto, y con Octaviano cumplieron en concederle el triunfo que pedia, pero no darle el Consulado, de lo qual mostrò grande sentimiento, y tomò con esto brios para emprehender lo que antes tenia pensado, y fue assi, que èl truxo tratos, y platicas de amistad con Marco Antonio; y procurando atraer las voluntades del exercito, caminò con èl hasta ponerse cerca de Roma; y à pesar del Senado,

se

se hizo elegir Consul, no teniendo aun veinte años cumplidos. Con esto se entrò en la Ciudad; y descubriendo su deseo, hizo poner acusacion contra Cassio, y Bruto, y los còmplices en la conjuracion, y muerte de Julio Cesar su tio, declarandose contra todos; y como no huvo quien les defendiesse, y ellos estaban ausentes, no ossando comparecer, fueron condenados; y hecho esto, se bolviò à salir de Roma, y con el exercito que avia traìdo, tornò à cercar el campo de Lepido, y Marco Antonio, que yà eran entrados en Italia. Sabiendo por Deciò, y Bruto los tratos que Octaviano traìa con

Lepido, y Antonio, no oſſando eſtar en la tierra, ſe fue huyendo con ſus gentes, de las quales ſiendo deſpues deſamparado, vinieronſe parte de ellas à Octaviano, y Marco Antonio. El anduvo huìdo por diverſas partes, mas al cabo fue preſo, y traìdo àMarco Antonio, el qual le mandò luego quitar la vida. Acercandoſe, pues, los campos de eſtos valientes Capitanes, con los quales yà ſe avian juntado Planco Polion, y Aſsinio, con las Legiones que tenian, ſe coligaron todos tres, Octaviano, Lepido, y Marco Antonio, juntandoſe tres dias continuamente, para efectuar la amiſtad, y eſto fue

en

en un Lugar señalado, entre Bolonia, y Perusia, que es una Isleta, que haze el Rio Labino, que passa por alli. Concluyeronse las pazes; y repudiando Octaviano la hija de Servilio, con quien estaba casado, se desposò con Claudia Alnada de Marco Antonio, hija de Fulbia su muger, aunque era niña, con la qual hizo despues tambien divorcio, sin llegar à ella, por las discordias que despues se ofrecieron, como mas adelante se dirà. En esta liga que hicieron, en que se dividiò el Imperio; (en la forma que despues dirèmos) trataron de matar à sus enemigos, y se los entregaron los unos à los otros, teniendo mas

reſpeto à vengarſe del enemigo, que à guardar al amigo; y aſsi ſe hizo la cruèl, è inhumana preſcripcion, dando, y trocando los amigos, y deudos por los enemigos, y contrarios; y aſsi diò Marco Antonio à un hermano de ſu padre: Lepido, à Lucio Paulo, hermano ſuyo: Y Octaviano à Marco Tullio Ciceron, à quien avia llamado padre, y era todo ſu govierno, ſiendo de el tratado como hijo. Proſcrivieron fuera de eſtos, y condenaron à muerte otros trecientos principales Romanos, ſegun cuenta Plutarco, aunque Titolibio abreviando no ſeñala el numero, ſino tan ſolamente de los Senadores.

res. Hechos, pues, todos estos conciertos, los tres nuevos amigos, se fueron à Roma, adonde tomada la administracion de la Republica, con nombre de Triunvirato, porque ellos eran tres, señalaron termino, y espacio de cinco años de esta coligacion, aunque ellos no lo pensaban dexar. Luego fueron por su mandado executadas las muertes en los condenados, siendo buscados con mucho cuydado por todas partes, robandoles las casas, y confiscandoles las haciendas, con lo qual mostrò el Pueblo grande turbacion, principalmente con la cabeza de Ciceron, que fue traìda à Roma,

y

y puesta en la plaza de esta Ciudad, donde concurriò à verla grande numero de gente, sintiendo mucho el Pueblo esta muerte, acordandose de quando le veìa orar en favor de la Patria, y sus amigos. A este assumpto hize el Soneto que se sigue.

SONETO.

Este fragmento ilustre, separado
Del cuerpo en que assistió con eminencia;
Sabio Oraculo fue de la eloquencia,
Aplaudido en su patria, y venerado.
Desde el publico sitio que ha ocupado;
Sin vida nos publica su inocencia,
Rigores que executa la violencia,
Daños que exerce la razon de estado.
O dura ley de Tripartito Imperio;
Deseo de reynar crueldad severa,
Que la fee, y la constancia no mantiene:

Advierta en Ciceron el Emisferio,
Que si este premio la lealtad espera,
Qual le puede esperar quien no la tiene?

Acabadas estas cosas, y asimismo las guerras que estos tres varones tuvieron contra Bruto, y Cassio, arruinando su exercito, y siendo causa de sus muertes, dividieron su Imperio en esta forma:

A Marco Antonio le fue assignado todo lo Oriental, desde el principio del mar Ionio, que es desde la entrada del mar de Venecia, hasta el rio Eufrates en Asia, en que entraban todas las Provincias de Grecia, y Asia, y las Islas contenidas en estos dos terminos.

A Octaviano cupo desde el dicho mar Ionio al Occidente, hasta nuestro mar Occeano, que llamamos mar de España, y lo que tenian de Alemania, Inglaterra, con sus Islas, y terminos.

A Lepido le tocò Africa, y las Provincias en ella contenidas sujetas al Imperio.

Passò Marco Antonio à Assia, con animo de hazer guerra à los Parthos, gente belicosissima; y llegando à Cilicia, embiò desde alli un criado, llamado Duellio, à decir à Cleopatra, que viniesse luego à dàr quenta personalmente, porque avia ayudado à Casio su enemigo con gente,

te, y dineros. Duellio viendo su grande hermosura, y bizarria, la alentò mucho, para que no dudasse en verse con Marco Antonio, que porque le conocia su condicion, la asseguraba, que seria señora dèl muy brevemente. Cleopatra dandole credito à lo que la decia, ò pareciendole, que de la misma suerte que avia aficionado tanto à Julio Cesar, aficionaria à Marco Antonio, fue à dàr razon de lo que se le hacia cargo à Cilicia, como se lo mandaba Antonio; pero sin temor de juicio, que viniendo navegando por el Rio Cidno, que passa por la Ciudad de Tarso, mas parecia pompa, y regozijo

su

ſu entrada, que venida de perſona calumniada de culpa. A eſte aſſumpto eſcrivì eſte

SONETO.

La Venus que idolatra Alexandria,
Y excede à la que en Chipre ſe venera;
En vez de concha iluſtra una galera,
Que al Cidno claro en ſus criſtales fia.
Quiſo para lucir con bizarria
Oſtentar ſu riqueza à la ribera,
De quanto engendra el Sol deſde ſu Eſfera;
Produce el Indio mar, que perlas cria.
Con eſta règia, y ſoberana pompa
Al juicio de Antonio, à que es llamada;
Viene de ſer juzgada bien ſegura.
Fiè de ſu beldad, que fueros rompa;
Que para ſer querida, y reſpetada,
Goza de inmunidades la hermoſura.

CAPITULO V.

De la entrada que hizo Cleopatra por el rio Cidno, y como se viò con Marco Antonio, y los costosissimos combites que le hizo.

DIce Plinio, que quanto à lo primero, Cleopatra se adornò para verse con Marco Antonio de las mas costosas, y bizarras ropas que tenia; el mando de su vestido dirèmos adelante: embarcòse en una lucida, y extraordinaria Galera, la popa de la qual estaba toda dorada: el velamen era carmesì: las flamulas, y gallardetes costosamente

bordados, con las armas de Egypto, y de varios colores: los forzados que bogaban iban vestidos de purpura, los remos eran plateados; y asimismo la proa de la galera con los arboles de ella, cuerdas, y demàs xarcias. La hermosa Cleopatra venia en la popa debaxo de un costoso pavellon, bordado, recostada sobre unos cojines de lo mismo, y ella en el avito que pintan à la Diosa Venus. Los pages que la servian estaban en su presencia en trage de cupidillos, como se suelen vèr pintados. Sus Damas vestidas como Ninphas Nereydas, ò Gracias, con vistosas ropas, hechas con mucha costa. Las que

no quiso que entrassen en la galera, por no ocuparla de mucha gente, quedaron en la verde Ribera del claro rio, dilatando por toda ella olorosos perfumes de quemados aromas, dando grande recreo con su fragrancia, y llenando aquellas margenes del rio y el ayre de ella. Quando los forzados comenzaron à bogar, era al sòn de varios instrumentos, que les tocaban, como trompetas, y chirimias, estando assimismo estos que los tocaban vestidos lucida, y costosamente.

Estaba Marco Antonio en la casa de el Consistorio de aquella Ciudad, assentado en su Tribunal de la manera que suelen es-

tàr los Emperadores Romanos quando juzgan. La gente que le acompañaba, que era mucha, à la fama que corria de la ſuntuoſa entrada de Cleopatra, acudiò à verla, y caſi le dexaron ſolo. El embiò à un criado à viſitar à la Reyna, y que la combidaſſe de ſu parte à cenar aquella noche con èl; mas ella, que no era menos deſpejada, que hermoſa, con mucho donayre le embiò à decir, que mejor era, que Marco Antonio ſe fueſſe à cenar cõ ella. Hizolo de boniſsima gana Antonio, que deſeaba ſumamente verla, por las nuevas que de ſu hermoſura, y mageſtuoſa entrada le avian dado, y aſsi fue à ſu poſa-

sada, donde cumpliendosele los deseos que de verla tenia, quedò de su hermosa presencia en estremo aficionado. A esta primera vista, y rendimiento de Antonio, escriviò Don Francisco Tamayo y Porres, agudo, y superior ingenio de los conocidos en Madrid, este

SONETO.

Libre la voluntad de imperio altivo;
Antonio de Cleopatra la belleza
Mira con atencion, quando tropieza
En el riesgo mayor de fuego activo.
Siente abrasarse, y duda si està vivo;
Y en los desmayos à ostentar empieza.
Que el rendimiento entonces no es flaqueza
Que fue el golpe fatal, executivo.
Suspensa el alma en los divinos ojos
De tanto Cielo, desatò los labios,

Diciendo yà me tienes por despojos.
Mis afectos conozco que son sabios,
Que aunque grosseros, quieren darte enojos
Su beldad ocasiona tus agravios.

Dice Atheneo, Autor Griego, que en este banquete que Cleopatra hizo à Marco Antonio, todos los vasos eran de oro, muy ricos, y costosamente labrados, guarnecidos con muchas piedras preciosas de grande valor. Las colgaduras de doze salas, en que el banquete se hacia, eran de purpura, y oro. Las sillas en que los combidados se avian de sentar, de oro, y marfil. La curiosidad, y compostura de doze mesas, era grande, tanto, que Antonio se quedò de vèr esto admirado;

lo

lo qual notado por Cleopatra, le dixo: Todo lo que te admira, (ò Principe magnanimo!) es muy poco, reſpeto de la voluntad con que deſeo ſervirte. Eſto que aqui vès ſerà tuyo, para principio de nueſtra amiſtad, y dadiva de mi amor; y aſsi acabado que fue el combite, le embiò à Marco Antonio todas las colgaduras, vaſos, y demàs riquezas con que ſe avia ſervido aquella nache. Para la ſiguiente bolviò Cleopatra à combidar à Antonio, y à ſus Capitanes, y principales ſoldados de ſu exercito, donde el ſegundo aderezo de aparadores, colgaduras, y demàs coſas adherentes al banquete, fue

ron sin comparacion de mas ri-queza que los de la noche passa-da. Assimismo importunò Cleo-patra à Antonio, que se lo lle-vasse, y èl lo aceptò; y de los combidados se llevò cada uno el cojin de la silla en que avia esta-do sentado, que era de mucha costa, y la taza en que le avian dado de beber, y para irse à sus posadas diò à los Senadores lite-ras, y à los demàs cavallos, y mandò les repartiessen esclavos negros de Etiopia, que les fues-sen alumbrando con hachas, y con todo esto se quedaron los combidados, porque se lo ofre-ciò Cleopatra.

El quarto dia de su llegada, qui-

quiso que otro banquete diesse muestra de lo mucho que deseaba agassajar à Antonio, y atraherle, y assi para el adorno de las salas mandò comprar grande cantidad de rosas, y flores, que le costaron mucho dinero, y estas las echaron en el suelo, quanto un cobdo de alto, metidas todas en redes, porque se maltratassen menos. El adorno de las salas, la grandeza de los aparadores, quiso que excediessen en mayor grado à la de los banquetes passados, de que estaban admirados, assi Antonio, como todos los combidados, que con èl avian venido, pero de lo que mas se maravillò Antonio aqui,

fue

fue de la muchedumbre de las luces de hachas, y velas, que estaban con notable orden repartidas por las salas. Esta manera de aparato con mucha copia de luzes dura hasta oy en las Regiones Orientales, porque segun parece por la Historia de Etiopia, que fue escrita primero en Portuguès, y yà traducida en Castellano, dice, que quando el Emperador de Etiopia recibiò à los Embaxadores del Rey Don Manuel de Portugal, lo que mas les admirò una noche, que le fueron à visitar fue las muhas ordenes de velas, y hachas que se hallaron puestas por los patios, y salas de su Palacio, las quales ha-

zian

zian que la noche pareciesse dia. A estos tres banquetes suntuosissimos hize este

SONETO.

Su amor significado en la experiencia
Quiso à Antonio mostrar Cleopatra hermosa,
Que enciende mas su llama delicioſa
Donde mas se luciò magnificencia.
Igual à su cuydado en la opulencia,
Una cena le dà, y aunque es costoſa,
Dos vezes la repite generoſa,
Donde en el doble exceſſo ay diferencia.
Aqui à la torpe gula se idolatra,
Que siempre los banquetes opulentos
Son Polos de su grande Monarchia.
Aqui afirmando la amistad Cleopatra,
Fundar quiso el empleo con cimientos,
Que sin Ceres, y Baco, amor se enfria.

Acabado el suntuosissimo, y rico banquete, con la misma ge-

ne-

nerosidad que los passados, quiso Antonio pagar el agassajo à la hermosa Cleopatra, y assi la combidò à cenar con èl otra noche, pero no pudo llegar con mucho à la suntuosidad de sus banquetes; y conociendolo assi, èl fue el primero que comenzò à burlarse de su banquete. La Reyna entendiendo de su condicion, que era amigo de burlas, principalmente de las donayrosas permitidas en publicidad, ajustòse con ella, y comenzò à hazer donayre del combite con mucha gracia, que la tenia en todo; y por hazer aquel banquete mas costoso, afirman los Autores que tratan de esta Historia,

que

que deshizo aqui la perla, que ponderando su valor, dicen valer tanto como la Ciudad de Alexandria. Esta deshizo en vinagre, y se la diò à Antonio. A este assumpto escriviò un Soneto el claro ingenio de el unico Poeta Lope de Vega Carpio, cuyos escritos se deben aplaudir con veneracion, por ser tan selectos, que en España, y en los demàs Reynos son conocidos. Este fenix de la Poesìa escriviò este Soneto en sus Rimas, que es el tercero.

*** *** ***
*** ***
***

SO-

SONETO.

Cleopatra à Antonio en oloroſo vinò
Dos perlas quiſo dàr de igual grandeza,
Que por mueſtra formó naturaleza
Del inſtrumento del poder divino.
Por honrar ſu amoroſo deſatino,
Que fue monſtruo en amor como en belleza
La primera bebiò, cuya riqueza
Comprar pudiera la Ciudad de Nino.
Mas no queriendo la ſegunda Antonio,
Que yà Cleopatra deshazer queria,
De dos milagros reſervò el ſegundo.
Quedò la perla ſola en teſtimonio
De que no tuvo igual haſta aquel dia
Bella Lucinda, que naciſte al mundo.

Hablaba Cleopatra à pocas Naciones por interprete, porque ſabia muchas lenguas, aſsi como la Etiope, Troglodita, Hebrea, Arabe, Siria, Parthia, Meda, y otras, ſin la Egypcia.

De

De esta hermosa Reyna se aficionò Marco Antonio con tanto estremo, que con estàr Fulbia su muger peleando en Roma contra Cesar, y saber que los Parthos se entraban por Siria, el olvidado de todo, como si fueran estas cosas que no le tocaban se andaba tràs de Cleopatra, con quien se fue à Alexandria.

CAPITULO VI.

Trata de los amores de Antonio, y Cleopatra, sus divertimienios, la muerte de Fulbia, y nuevas bodas que hizo con Octavia, hermana de Octaviano Cesar.

Quau-

QUan poderoso sea el amor, si de veras toma la possessiòn en el sugeto que ha inclinado à èl, nos lo muestran muchos exemplos, pues hombres de valor, y partes, yà fuertes Capitanes, yà prudentes Reyes, no han sabido vencerse à sì mismos, ni rescatarse con el desengaño de esta dulce, quanta despues acerba tyranìa. Quien creyera de un tan valiente Capitan como Marco Antonio, (cuyo esfuerzo hemos visto en las hazañas atràs referidas) que olvidado de sus obligaciones, se sujetàra à la voluntad de una muger, de tal suerte, que por darla gusto dexaba de acudir à de-

defender ſus tierras, con menoſcabo de ſu reputacion, y menoſprecio del enemigo? A eſte aſſumpto eſcriviò el agudo, y ſutil ingenio de Don Franciſco Diego de Sayas, eſte Soneto, que en èl eſtà ſu alabanza, aviendola merecido en muchos eſcritos ſuyos, que publican la erudicion de ſu dueño. Eſcriviòle en tiempo, que con la eſpada cortaba la pluma, y yà en diferente abito, dado à mayores eſtudios, no ſolicita las Muſas, con no poco ſentimiento de los que pierden el gozar de ſus dulzes verſos.

SONETO.

Blanda paſsion cõtra el rigor de aquella
Que inſpira ardiente el grã furor de Marte,
Oprime à Antonio, oprime à todo el arte,
Que los aciertos naturales ſella.
La ley que dió la paz benigna y bella
(De ambos govierno generoſa parte)
Ociosa, ni preſide, ni reparte,
De la mitad del Orbe con querella:
Solo à los ojos de Cleopatra atento,
Ciego no vè los muchos que le miran
Enſayarſe deſpojo al vencimiento.
Que en vano contra Auguſto ſe conſpirã
Los armados impulſos de ſu intento,
Si de triunfos deſnudos ſe retiran.

Gaſtaba Antonio el tiempo ſolamente en guſtos, en plazeres, en deleytes, y en coſtoſos, y opulentos banquetes. Cleopatra ſe avenia tan aſtutamente con èl, que aora ſe trataſſen coſas de im-

por-

portancia, ù de burlas, procuraba acomodarse de tal manera à ellas, que nunca salia de su voluntad. Quando Antonio se ensayaba en las armas, ella estaba presente, y le alababa, ò reprehendia lo ayroso, ò desayrado, que en èl notaba. Quando de noche se disfrazaba para salir por la Ciudad, ella le acompañaba en avito de varon, en lugar de uno de sus criados, y assi de rebozo se andaban por todas las calles, y plazas de la Ciudad, y por las tiendas, y casas de Oficiales, haciendoles donosas burlas, de las quales resultaba llevar los dos, y su gente, tal vez, algunos palos; las afrentas que les decian no les

conociendo. De esto, aunque se trataba entre la Plebe, holgabanse los Alexandrinos, y decian, que Antonio con los Romanos representaba Tragedia, y con ellos Comedia. Una de las burlas, que entre los dos amantes passaron, fue esta que algunos Autores escriven. Holgabase algunas vezes Antonio de entretenerse, pescando con la caña, y una que estaba presente Cleopatra, no podia lograr lance que echaba, de lo qual estaba algo corrido, y mandò, que disimuladamente unos Pescadores sumergidos en el agua le pusiessen pezes en el anzuelo, sin ser echados de vèr. Tuvo efecto su in-

ven-

vencion, porque los hombres lo hicieron tan bien, que sacò Antonio en tres, ò quatro lances que echò, pesca. Vino à entender esto Cleopatra; y fingiendo admirarse de ello, quiso que otro dia saliessen los dos à pescar. Previno Antonio à los mismos Pescadores, para que hiciessen lo que el dia passado. Acudiò mucha gente à vèr esto; y entrandose en la barca Antonio, que era adonde pescaba, tomò la caña, y comenzò à echar lanzes, en los quales siempre sacò pesca. Avia prevenido Cleopatra à otros Pescadores, à que sumergiendose como los primeros, le pusiessen en el anzuelo unos pezes, qne avian

eſtado mucho tiempo à curarſe al humo: hicieronlo aſsi, y ſacando Antonio el primer lanze, vieron los circunſtantes ſacar en el anzuelo un pez ahumado, que hizo maravillar à todos la novedad; mas conociendo lo que era, fue grande la riſa de los que ſe hallaron preſentes, declarandoſe entonces Cleopatra por autora de la burla, y que la avia hecho por aver penetrado la que Antonio hazia de ella con la invencion de los Peſcadores. Entonces le dixo la hermoſa Egypciana: Emperador del Oriente, dexa la caña, y el ſedal para noſotros los Reyes del Canopo, y de Egypto, que con gentes que nos hemos cria-

criado en este piscatorio exercicio, sabremos dàr quenta de ella, que para tì solo es conveniente el emprehender presas de Ciudades, Provincias, y Reynos. En estas cosas se ocupaban Marco Antonio, y Cleopatra, quando le vinieron nuevas, que Lacio su hermano, y Fulbia su muger estaban muy diferentes, y que tenian contra Cesar guerra; y assimismo otras, què Labieno Capitan de los Parthos avia tomado en Asia todo lo de esta parte del Eufrates, Siria, Lidia, y Ionia. Entonces, como quien despierta de algun sueño, ò alguna embriaguèz, huvo de partirse de Cleopatra, con no poco senti-

miento, y lagrimas de la hermosa Reyna. Acercòse à Italia con docientas naves: sabido esto por Fulbia su esposa, se vino donde estaba, mas muriò en el camino en Sycion, Ciudad de Assia. En este mismo tiempo muriò Marcelo, marido de Octavia la hermana del Cesar, muger hermosa, y de mucha discrecion, y grande virtud. Pareciòles à muchos de los Romanos, amigos de Cesar, y de Antonio, que era bien que Octavia casasse con Marco Antonio, con la qual union cessarian las diferencias, y enemistades, que entre los dos avia. Tratòse de esto con Antonio, aunque el Cesar lo rehusaba,

ba, por parecerle era inconveniente grande la amistad que tenia con Cleopatra; mas à esto le satisfizo Antonio, diciendole, que èl nunca la avia tenido por muger, sino por amiga; y assi con licencia del Senado se concerto este casamiento, porque avia ley, que ninguna muger pudiesse casarse dentro de diez meses despues de la muerte de su marido.

CAPITULO VII.

De como Antonio passò à Assia, y alli bolviò à los amores de Cleopatra, y los Reynos que la diò, y como triunfò en Alexandria.

He-

HEchas las bodas de Antonio, y Octavia, con mucho gusto de Octavia, no de Cesar su hermano, quedando con ellas muy en paz los dos, de alli à algunos meses determinò Antonio passar en Asia, dexando à la hermosa Octavia en Roma en sus proprias casas. Venido, pues, à Siria, el amor de Cleopatra, que avia dias estaba dormido, (y ella con grandes sentimientos de su nuevo empleo) despertò en el pecho de Antonio; y para cobrar fuerzas con la presencia de la causa de èl, mandò à Fonteyo su Capitan, que fuesse à Alexandria por la Reyna. Partiòse à toda diligencia, y con la mis-

misma bolviò con ella à la presençia de Antonio, el qual la recibiò con notable gusto, y alegria, dandola dadivas de mucha estima, y valor, porque la diò à Fenicia, à Siria la baxa, y à Chipre, y buena parte de Cilicia, y à la Region de Judèa, que lleva el balsamo, y à toda la Arabia de los Nabatheos, que es à la parte de el Oriente. Esto que Antonio diò à Cleopatra, pareciò muy mal en Roma; pero lo que mas murmuraban, era las honras demasiadas, con que Antonio la trataba, y assi acrecentaba mucho la embidia, y irrision el vèr, que aviendo Cleopatra tenido de èl un hijo, y una hi-

hija de un parto, deſpues de aver llamado al varon Alexandro, y à la hembra Cleopatra, puſo Antonio al niño Sol, y à la niña Luna, que parece era poca religion, y mucho menoſprecio de ſus Dioſes. Deſpues de eſto era coſa peſada lo que Antonio hazia, que queriendo paliar con palabras obras feas, decia, que la grandeza del Imperio Romano no ſe conocia tanto por lo que ganaba, como por lo que daba; y tambien, que con la caſta de muchos Reyes ſe acrecentaba la nobleza de los Romanos; y aſsi el Anteceſſor que diò principio à ſu linage avia procedido de Hercules, y que Hercules, de quien

èl

èl deſcendia, tampoco avia tenido una muger ſola, de quien le nacieron hijos, pues tuvo à Deyanira, hija del Rey de Etholia, à Megara, hija del Rey de Thebas, y à Homphale, Reyna de Libia: à Iole, hija de Eurito, Rey de Ocalia, y que los Reyes no avian de eſtàr ſubordinados à las conſideradas leyes de Solon.

Fueronle à Marco Antonio tan dañoſos eſtos encendidos amores de Cleopatra, que teniendo muy grande exercito junto para ir contra los Parthos, la mas belicoſa, y arriſcada gente de el Orbe, de quien temblaba toda la Aſsia, ningun provecho

tu-

tuvo Antonio de èl, porque aunque partiò esta gente, y se viò con sus enemigos, tirabale tanto el amor de la Egypcia Reyna, que por bolver presto à su presencia aquel Invierno, apresurò la guerra, y no aguatdò la coyuntura que debia esperar, antes diò la batalla sin tiempo, y le sucediò mal: dizese, que Cleopatra le tenia hechizado, y que no pudiendo apartarla de su pensamiento, estaba mas deseoso de bolver à sus brazos, que de vencer à sus enemigos, y ganar fama, siendo uno de los mas experimentados Capitanes que entonces avia en el mundo. Despues de esto sintieron los Romanos,

nos., que aviendo Antonio vencido al Rey de Armenia, entrò triunfando de èl en Alexandria, aviendo de ſer eſto en Roma, echando de vèr, que eſto ſe avia hecho por el amor que àCleopatra tenia, que deſeò que le vieſſe en eſte triunfo, y eſto ſentian los Romanos, por parecerles, que era aquello principio de querer trasladar el Imperio de Roma à Egypto, donde dice Dion, que por dàr guſto à Cleopatra, hizo que el Rey de Armenia (que ſe llamaba Artabaſda) y ſu muger, y hijos ſalieſſen con cadenas de oro delante de todo el pueblo, adonde ella eſtaba en un Trono de plata, ſentada en una riquiſ-

ſi-

sima silla de oro. Notòse mucho que con aquellos barbaros prisioneros no fuesse posible persuadirlos con ruegos, ni amenazas, que inclinassen las rodillas delante de la Reyna, ni hiciessen demonstracion de pedirle misericordia, aunque con amenazas, y promessas se procurò antes, y despues, como està dicho, antes la llamaron por su nombre, sin darla titulo de Reyna, por lo qual como à gente indomita, y rebelde los trataron asperamente; pero esto se dirà despues en su lugar.

No acabada aun de hazer la guerra à los Parthos, quiso Antonio por medio del Invierno, con lo

lo riguroso de las aguas, nieves, y hielos, venir à vèr à Cleopatra, y àssi partiò de donde estaba con su gente, de la qual perdiò mas de ocho mil hombres, por causa de las frialdades. Llegòse àzia la mar, porque aviendo avisado à Cleopatra que se viniesse donde èl estaba, la quiso aguardar alli; y como en venir tardasse mas de lo que su deseo permitia, cada hora se le hacia un año, y con este afectuoso deseo se levantaba de la mesa al medio de la comida; y como hombre que ha perdido el sentido, se subia à las atalayas à vèr si venia. Vino al fin Cleopatra, y truxo vestidos, y dineros, que pudiesse Antonio

repartir con los soldados. Ay algunos Autores, que afirman, que Cleopatra no truxo mas que vestidos, y que Antonio (procurando hazerla bien quista, y amada con sus soldados) repartiò de su dinero con ellos, diciendo, que ella se los avia dado para este efecto, con que la aplaudian todos.

CAPITULO VIII.

De como Octavia por consejo de Cesar fue à vèr à Antonio, y èl la diò orden para no llegar adonde estaba, y como se bolviò à Roma, y èl à Alexandria, con lo demàs que sucediò.

DE todas estas cosas atràs referidas, estaba bien informado Cesar; y teniendo por agravio, que siendo tan recientes las bodas de su hermana Octavia con Antonio, la estimasse en tan poco, que descubiertamente huviesse buelto à juntarse con Cleopatra, determinò que su hermana se embarcasse para Asia, donde estaba su esposo, no tanto por lo que à ella le tocaba, quanto por tener ocasion de mover guerra contra èl, sino la recibia bien. Embarcòse Octavia, cumpliendo con el orden de su hermano; y llegando à Athenas, recibiò alli cartas de Antonio, en que la mandaba aguardasse en aquella

Ciudad. Turbòse Octavia con esto; porque entendiò luego à què fin se hazia esto, y que la causa de esta novedad era Cleopatra; pero disimulò su sentimiento con mucha cordura, y embiò à decir à Antonio, que donde mandaba que se llevassen muchos vestidos, bagaje, dineros, y otras cosas de mucho precio, que traìa para su exercito, y que donde ordenaba q̃ assistiessen dos mil soldados escogidos, que la acompañaban, los quales le avia dado su hermano el Cesar.

El mensagero de esto fue un gran soldado, que se llamaba Nigro, el qual como hiciesse à Antonio de todo esto relacion, y jun-

juntamente alabaſſe (como era razon) à Octavia, temiò Cleopatra ſu venida, pareciendole, que con la bondad de las coſtumbres de Octavia, y la potencia del Ceſar ſu hermano ſe le mudaria à Antonio la voluntad, y la olvidaria, deſconfiando de ſus caricias, y alhagos; y aſsi fingiendoſe de nuevo muy encendida en el amor de Antonio, quitandoſe parte de la comida, procuraba enflaquecer, por darle mayor laſtima; y todas las vezes que Antonio ſe deſpedia de ella para ir à qualquier parte, luego ſe le veìan ſus ojos llenos de lagrimas, poniendoſe notablemente triſte: quando bolvia, queda-

baſe tranſportada, mirandole, y muchas vezes procuraba con demaſiada aſtucia, que Antonio la hallaſſe llorando; y en viendole entrar adonde eſtaba, al punto ſe limpiaba los ojos, dando à entender, que le peſaba mucho de que Antonio la vieſſe llorar. Eſto paſſaba, quando Antonio ſe aparejaba à ir contra el Rey de Media. Los liſongeros, y amigos de la Reyna, reprehendian mucho à Antonio de hombre duro, y aſpero, que procuraba acabar con la vida de tan hermoſa muger, que en ſolo èl tenia pueſto ſu amor, y que no tenia en nada, ni menos ſe avergonzaba, que llamaſſen à Octa-

via su muger, y à ella (siendo señora de tantos Reynos) su amiga, y que esto sufria à trueque de verle, y tenerle presente, lo qual si se le vedaba, no podria vivir un punto. Estas, y otras cosas dichas afectuosamente, haciendo las partes de Cleopatra, afeminaron el animo de Marco Antonio de tal manera, que dexò de todo punto la guerra que intentaba hazer; y solicitando el conservar la vida de Cleopatra, bolviòse à Alexandrìa; y por poder estarse alli mas descansadamente, hizo pazes con el Rey de Media, y à un hijo suyo, y de Cleopatra casò con una hija de aquel Rey.

Octavia, aviendo sabido esto se bolviò à Roma. Mandòla el Cesar, que se saliesse de la casa de Antonio, y dexasse en ella los hijos que tuvo en Fulbia, y con ellos toda su familia: empero no lo pudo acabar con ella, antes siempre estorvò, que entre Cesar, y su Esposo huviesse disensiones, diciendo à su hermano quan fea cosa era, que dos Emperadores tuviessen guerras el uno con el otro: el uno vencido de amores, y el otro sentido de que la amiga la antepusiesse à su hermana del Cesar. El valor de esta Matrona fue grande, su prudencia mucha; y si en esta ocasion pudiera, aunque despre-

cia-

çiada de Antonio, reducir à ſu hermano à la paz, con todo afecto lo hiziera; pero eſtaban las coſas entre los dos cuñados tan enconadas, que yà no ſe eſperaba menos que un rompimiento muy grande entre los dos, como ſe viò preſto, porque Auguſto con la ſobra de razon que tenia, en ninguna ocaſion que ſe ofrecia dexaba de repreſentar al Senado los defectos de ſu cuñado, procurando irritarle contra èl para lograr mejor ſus deſignios.

Siempre Octavia mirò por la caſa de Antonio, como antes, y no ſolo de los hijos ſuyos, y de Antonio tenia cuydado, pero mas en particular de los de Fulbia;

bia; y si alguno de los amigos de Antonio venia à Roma con alguna necesidad, le favorecia en quanto podia, siendo en ella costumbre hazer bien à todos. Daño mucho à Antonio su esposo todo esto, porque todos se indignaban grandemente, viendo quan sin razon una muger de tanta virtud, prudencia, y valor era despreciada de su esposo.

Acrecentaba mucho el odio que con Antonio se tenia, la division de Reynos (llena de fausto, y sobervia) que hizo con los hijos suyos, y de Cleopatra, porque avia pocos dias que Antonio, dando una comida publica à toda la Ciudad, delante de todo

do el Pueblo, puso igual à la suya, sulla à Cleopatra, y en cierta platica la llamò Reyna de Reyes, y à Cesarion (hijo de Cleopatra, y de Julio Cesar) le diò el mismo titulo, y adjudicoles el Reyno de Egypto, y de Chipre, porque para deshazer la potencia de Octaviano, decia, que Cleopatra avia sido verdadera muger del primero Cesar, y que Cesarion era hijo legitimo de los dos, dando à entender, que lo hacia por la grande amistad que con Cesar tuvo, para que se supiesse, que este era el verdadero sucessor. Tràs esto puso en el segundo lugar à sus hijos, y de Cleopatra, y mandò assimismo,

que les llamaſſen Reyes de los Reyes, y à Alexandro diò à Armenia, à Media, y à Parthia, quando fueſſen Reynos conquiſtados. Diòles tambien las inſignias de eſtos Reynos, y luego que eſto ſe publicò por Auto de Rey de Armas, los muchachos llegaron à beſar las manos à ſus padres, y les fue al punto dada guarda, al uno de Armenios, y al otro de Macedones.

Cleopatra ſiempre que ſalia en publico, venia veſtida al modo del trage con que veſtian los Egypcios à la Diosa Iſis, y aſsi la llamaban todos la nueva Iſis, dadora de las leyes à los de aquel Reyno, y con aquel avito juzgaba

ba ordinariamente. A eſte aſſunto hize eſte

SONETO.

Con preſunciones de Deydad divina,
Sin vèr defectos de muger humana,
El prodigio en beldad, Reyna Egypciana,
A mas esfera ſu altivèz inclina.
Uſar contra lo Sacro determina
(Arrogante mocion, accion liviana)
El trage hermoſo, en que venera ufana
A Iſis, la Ciudad Alexandrina.
O vana emulacion! ó altivo intento,
Imitador de aquella ambicion loca,
Que à Dios quiſo igualar en ſacras lũbres!
Què mal funda ſu necio penſamiento
El que en ſoberanias le coloca,
Si el avito no ajuſta à las coſtumbres.

La ambicion de Cleopatra fue grande, en orden à quedarſe abſoluta ſeñora de Egypto; y para

ra dàr razon de esto, es bien poner los motivos que tuvo para conseguir su deseo. Viniera mejor esto antes de la guerra de Armenia, y el triunfo de su Rey. Aunque Cleopatra era dadivosa, mas lo hacia de vana, que de ser generosa de condicion, porque naturalmente era avara, y esto mostraba en la ambicion que tenia, acumulando tesoros; y assi para valer siempre mas, ninguna cosa dexò de intentar, fiada en el demasiado amor que Antonio la tenia, porque segun escrive Josepho, de las antiguedades de los Judios, lib. 15. al hermano segundo con quien la avia casado Julio Cesar, le dize

por

por muy cierto, que matò con veneno, siendo de quinze años. A su hermana Arsinoe, que se acogiò al Templo de Diana, en Efeso, por miedo de Antonio, la hizo sacar de èl, y matarla. Pidiòle tambien, que matasse à los Reyes de Judea, para quedarse con sus señorìos, mas algunas cosas de estas le negò Antonio, pidiendola primero perdon de no darla gusto, diciendola, que era mucha la infamia que se le seguiria, si le hiciesse hazer semejantes cosas; pero en fin le diò todas las Ciudades de Siria, que estàn desde el rio Eleuthero, hasta Egypto, salvo à Tyro, y à Sydon, porque supo que estas de mu-

muchos tiempos atras eran Repu blicas libres.

Acompañò à la jornada que Marco Antonio hizo hasta el rio Eufrates, y de alli se bolvio por Apamea, y por Damasco, y de alli quisò vèr à Judea, adonde recibiendola Herodes el primero suntuosamente, la arrendò las rentas de Hiericunte, que es la tierra donde nace el balsamo, cosa preciosa, y de estima, porque los demàs que nacè en otras Provincias, no igualan cõ mucho à este, y son de poco valor. Detuvose Cleopatra muchos dias en casa de Herodes, y procurò grandemente con demonstraciones caricioſas, que se le aficionas-

nas-

hasse, de modo, que se le atta-
viesse, porque era Cleopatra na-
turalmente deshonesta; y por
ventura se enamorò de èl; pero
lo que mas es de creer (segun era
ambiciosa) es, que quisiera qui-
tarle el Reyno, y procuraba por
este camino buscar achaque para
quexarse, despues que se huvies-
se Herodes atrevido à ofenderla;
y assi daba muestras de estàr ena
morada de èl. Herodes avia dias
que conocia à Cleopatra, y sa-
bia su condicion; y en esta oca-
sion penetròle el pensamien-
to, como avia tenido aviso
que ella avia pedido à Anto-
nio que le matasse; y assi en vez
de estimar el agassajo que le ha-

cia, sì bien en publico se daba por muy favorecido de ella, interiormente la aborrecia, conociendo los ilicitos medios, que ponia para destruìrle. Con entender esto tan bien, como se ha dicho, disimulaba con ella, y astutamente no se daba por entendido en muchas palabras, y acciones con que le favorecia, dandolas diferente sentido. Dizese, que huvo consultas entre Herodes, y sus Privados, si serìa bien quitarla la vida, pues la tenia en su poder, para librarse à sì, y à otros muchos de la tyranìa, y maldad de aquella muger, viendo que tambien haria servicio à Antonio, pues por ella perdia su re-

reputacion, teniendo su amistad. Pero sus amigos le fueron à la mano en esto, poniendole delante el amor que Antonio la tenia, y en quanto peligro se metia, pues se sabia que èl lo avia de recibir asperamente. Lo del no consentir en el deseo deshonesto de la Reyna, aprobaron; pero que tambien le aconsejaban, que en esso se huviesse cuerdamente con ella, entreteniendola hasta que se fuesse. Siguiò Herodes su parecer, echando de vèr, que le aconsejaban lo que les est aba bien, que es gran dicha de un Rey tener al lado Ministros, y Privapos, que en casos de importancia le dèn sus votos desapas-

sionadamente, y con sana intencion, guiados solo al buen acierto de su dueño.

Con esto Herodes comenzò à festejar à Cleopatra, y à hazerle grandes presentes de mucho valor, pagandola en esso la voluntad, que de favorecerle avia mostrado. Determinòle Cleopatra à bolver à Egypto, porque yà tenia nueva que venia Marco Antonio de la guerra, y Herodes la acompañò hasta alli, yendo por el camino festejandola, y regalandola con mucho cuydado.

*** *** ***
*** ***
***

CA-

CAPITULO IX.

Danse quexas en el Senado de las partes de Antonio, y de Cesar; previenense las Flotas declarada la guerra entre los dos. Echa Antonio à Octavia de sus casas, y lo demas que sucediò.

VEnido Marco Antonio à Egypto, passò lo que antes avemos dicho de su triunfo, y de las honras que hacia à Cleopatra, lo qual Cesar representaba al Senado, y al Pueblo Romano, y exagerando, y acriminando irritaba al Pueblo contra Antonio.

Decia Cesar, que su cuñado avia cumplido con el tiempo de el Triunvirato, y liga, sin venir à Roma; y sin esperar la autoridad del Senado, governaba, y tenia en posseision las Provincias del Oriente, y Grecia, y con esto otras muchas cosas.

Marco Antonio por su parte se quexaba, yà por cartas, y yà por Embaxadores, diciendo, que Cesar le avia roto la paz muchas vezes, y echado de Cilicia à Sexto Pompeyo, quedandose con aquellas Provincias, y otras que tenia, y no avia tenido memoria de èl, ni dadole de la parte que le tocaba; y que las galeras que le avia dado para aquella

guer-

guerra, se avia quedado con ellas; y demàs de todo, esto avia tenido trazas como despoſſeer à Lepido de lo que le tocò, y se avia quedado con las Provincias de Africa, y las Legiones que tenia, sin darle parte de ninguna de estas cosas; y asimismo avia dado todos los campos, y tierras de Italia à sus gentes, y soldados, sin hazer particiones con los suyos. A todas estas acusaciones se le opuso Cesar, respondiendo à ellas con aplauso, y favor de todo el pueblo. Sabido esto por Antonio, mandò à Canidio, que con diez y seis Legiones se acercasse al mar, y èl, y Cleopatra vinieron à Epheso, porque alli

se avia de juntar toda la Armada.

Fueron las naves por todas ochocientas, de las quales eran las docientas de Cleopatra, y ella acudia con toda la provision necessaria para el exercito. Domicio amonestò à Marco Antonio, que no llevasse consigo à Cleopatra, à cuya instancia mandò Antonio que se bolviesse à Egypto, y que alli esperasse el sucesso de la guerra. Cleopatra temiendo que por medio de Octavia se viniessen à concordar el Cesar, y Antonio, que le estaba mal, tratò por medios de Canidio (à quien ella por esta causa avia dado muchas joyas, y sobornado-

le

le baſtantemente) que Antonio no la mandaſſe tal coſa, y que le dieſſe à entender quan injuſta coſa era echar del exercito una Reyna, que tantos ſocorros avia hecho à ſu gente, y favorecidole en ſus guerras; y aſsimiſmo, que no convenia que ella ſe auſentaſſe, porque los Egypcios (que eran la mayor parte del exercito del mar) no aflojaſſen, y ſe acobardaſſen viendo que ſu Reyna no eſtaba preſente, y que tambien convenia la perſona de la Reyna en ſu compañia, porque en prudencia, y buen conſejo, ninguno de los Reyes que con ella ſe juntaſſen, le ſabrian dàr tan buen voto como ella, y que eſ-

to se echaba de vèr con la experiencia de aver governado ella sola un tan grande Reyno como el de Egypto, dexado aparte, que del mismo Antonio avia tenido escuela en la forma que se avia de portar en los negocios, y cosas graves.

Esto le supo decir Canidio à Antonio con tanto afecto, que los consejos de Domicio no sirvieron de nada, porque Dios ordenaba yà, que Augusto Cesar quedasse por absoluto señor de todo. Juntò su exercito Antonio, y vino caminando con Cleopatra àzia Italia, y por todo el camino traìan muchas fiestas, y regozijos, que quando en todas

las

las partes del mundo eſtaban ſintiendo eſtas diſenſiones entre èl, y Ceſar, los dos amantes ſe daban à entretenimientos, y placeres, y eſtos fomentaba Cleopatra.

Dize Plinio en el libro 21. de ſu natural Hiſtoria, que en eſte camino Antonio (viendo los plazeres, y guſtos que le hazia Cleopatra con mas afecto que que haſta alli) ſe temiò de ella no fueſſe todo de maña para quitarle la vida con veneno, y que aſsi mandò, que en todos los manjares que le ſirvieſſen à la meſa le hicieſſen ſalva. Entonces Cleopatra, como muger aguda, y mañoſa, dicen, que ſe burlò

muy

muy donayrosamente de aquel temor que Antonio tenia de ella, lo qual hizo desta manera. Usaban ella, y Antonio muy continuamente ponerse guirnaldas de flores muy fragrantes quando comian, y en dos guirnaldas de aquellas hizo poner Cleopatra ponzoña tan sutilmente, que no se echaba de vèr; pusieronselas en las cabezas al tiempo que comenzaron à comer; y yendo la comida adelante, estando un poco mas alegres, combidò Cleopatra à Antonio à que bebiessen las coronas, (esto corresponde à los brindis, que se usan en Flandes, y Alemania) lo qual se hacia, echandolas dentro de unas ta-

tazas anchas en que traìan el vino, como aora se echa en vez de esto almizcle, y otros olores. Comenzar queria à beber Antonio, quando Cleopatra le detuvo el brazo, diciendole estas palabras: Yo soy aquella (ò Marco Antonio!) de quien tù injustamente te has rezelado estos dias, mandando que te hagan la salva, assi en las viandas, como en la bebida: entiende, pues, que no me faltarà ocasion (si yo pudiesse vivir sin tì) para darte la muerte; y porque veas que aora ha estado en mi mano el dartela contra todas tus prevenciones, quiero hacer la experiencia: parò con esto la comida, y haciendo

ciendo traer à su presencia à un preso de la carcel, de los que estaban condenados por delitos à muerte, le mandò beber el vino de aquella taza, el qual al punto que le huvo bebido muriò. Admiròse Antonio de esto, y tuvo por gran fineza de amor esta accion, con la qual se assegurò de alli adelante de Cleopatra. A este assumpto escriviò Don Francisco Diego de Sayas este Soneto, con el acierto que se puede esperar siempre de su agudo, y claro ingenio.

SONETO.

No temió Antonio la beldad, veneno
De Cleopatra, y le teme de sus manos;

Previniendo à temores tan profanos
Salvas que aviſen con exemplo ageno.
La matrona ſutil, el pecho lleno
De ſu Antonio, y de afectos mas humanos;
Siente que los ignore ſoberanos
A fee vulgar de enamorado ſeno.
No ſujeta à la ſalud prevenida,
Aſpid lo mezcla en las texidas flores;
Que coronan ſu tragica bebida.
Y al amago fatal de ſus rigores
Le detiene, le aviſa, y le dà vida,
Porque ſolo le maten ſus amores.

Vinieron los dos amantes à Atenas, donde deſeaba Cleopatra, con la natural ambicion que tenia, que eſta Ciudad la hiciera los miſmos agaſſajos, y honras que avia hecho à Octavia, à quien los Atenienſes amaban grandemente; y por adquirir eſte honor, procurò haceiles mu-

chos

chos plazeres, y buenas obras. La Ciudad movida, assi por esto, como por la presencia de Antonio, entrò en su Consistorio, y determinaron los Senadores de ella honrar à Cleopatra con todos los generos de honras, que avian dado à Octavia; y assi la embiaron à avisar de esto, con mensageros proprios de la Ciudad adonde la Reyna estaba, con que ella quedò sumamente envanecida: Antonio embiò desde alli à Roma à quien echasse de su casa à Octavia, y ella le obedeciò, saliendose con todos los hijos de Antonio, salvo el mayor de los de Fulbia, que andaba con su padre. Saliò la honesta ma-

matrona llorando, y laſtimandoſe de que fueſſe ella una de las cauſas de la guerra entre ſu hermano, y eſpoſo. A los Romanos no les pareciò bien eſta accion de Antonio, principalmente à los que conocian bien à Cleopatra, porque veìan, que ni en edad, en roſtro, ni en diſcrecion no hacia ventaja alguna à Octavia, hechizo de el ciego rapàz Cupido, pues en conocidas partes ciega la diſtincion de manera, que lo inferior ſe tiene por ſuperior, y eſto ſe antepone à aquello que avia de tener el primero lugar. Bien lo ſentia la hermoſa Octavia, pero como prudente, y diſcreta matrona diſsimulaba muchos

agravios de su enamorado, quanto ciego Esposo, porque las cosas no llegassen à rompimiento entre Augusto Cesar, y èl; pero en accion como esta, què podia hazèr, quando con tan declaradas muestras se veìan sus despegos, acompañados de un desprecio no merecido de Octavia!

En tanto que esto passaba, Tito, y Planco, varones Consulares, amigos de Antonio, fueron tratados muy asperamente de Cleopatra, porque eran de parecer, que ella no fuesse con Antonio en el exercito, y tambien porque pocos dias antes avian sido traydores à Antonio, passandose al Cesar, y declarando-

dole, que el testamento de Antonio estaba en poder de las Virgenes Vestales, el qual Cesar procurò cobrar; y leyendole al pueblo, fue mucha parte de indignacion, que contra Antonio tuvieron los Romanos; porque estando el Senado junto, leyò en èl muchas cosas, que à todos sonaron mal, acriminando quanto pudo reparassen: en una principalmente, que fue en lo de la sepultura, porque mandaba Antonio, que si muriesse en Roma, llevassen su cuerpo con grande pompa, y magestuoso acompañamiento por la plaza de la Ciudad, hasta salir de sus muros, y de alli le embiassen à Alexandria

à poder de Cleopatra. Clavisio, amigo de Cesar, culpò tambien à Antonio, por aver dado à Cleopatra todas las Librerias de Pergamo, donde avia mas de docientos mil cuerpos de libros; y que en un banquete estando presentes muchos, apretò el pie à Cleopatra, para cierta seña, que entre los dos estaba puesta; y que estando en Epheso sufriò, que en su presencia llamassen los Efesios à Cleopatra Señora; y que muchas vezes estando juzgando Reyes, y Thetrarcas, recibia recaudos suyos, y cartas de amores, escritas en tablillas de cristal, ò cornerina, y que en aquel lugar tan publico las avia muchas ve-

vezes leìdo. Asimiſmo, que eſtando Fulbio (varon principal, y entre todos los de Roma señalado en eloquencia) abogando en una cauſa delante de èl, acertò à paſſar Cleopatra en una litera ; y viendola Antonio, dexò el juicio, y el orador, y ſe fue acompañandola ; pero en muchas coſas de eſtas perdiò el credito Claviſio, por quanto pareciò que lo hicieſſe con demaſiado afecto de paſsion, ſolo à fin de calumniarle. Los amigos de Antonio, que aſsiſtian en Roma, procuraron por todo genero de negociacion aplacar à los Ciudadanos, y embiaron à uno que ſe llamaba Geminio, para que hablaſſe à Anto-

nio, que no tuvieſſe en poco, que el Pueblo le aclamaſſe por enemigo ſuyo, y le quitaſſe el Magiſtrado, y cargo que le avia dado. Geminio vino à Grecia, pero Cleopatra tuvo ſoſpecha que venia de parte de Octavia, y aſsi le recibieron mal, y ſiempre en los banquetes, y los demàs actos publicos le hazian afrentas, lo qual èl ſufria cõ paciencia, aguardò ocaſion de hablar à Antonio; finalmente en un banquete le mandò, que dixeſſe à lo que avia venido, y à eſto reſpondiò Geminio. Lo que yo tengo de decir (ò Marco Antonio, requeria ſer en tiempo antes de aver bebido, pero yà que es deſpues, la embaxa-

xada que te traygo de parte de tus amigos, es, que todo te sucederà bien, si mandas à Cleopatra bolver à Egypto. Pesòle à Antonio estrañamente oìrle esto à Geminio, y Cleopatra; y tomando la mano le reprehendiò. Bien hazes, Geminio, en confessar la verdad sin ningun tormento, porque no te tengamos por lisongero. Geminio despues de averle sucedido esto, à pocos dias se bolviò à Roma huyendo de Antonio. A muchos amigos de Antonio apartaron de su lado los lisongeros de Cleopatra: uno de ellos fue Marco Sylano, y otro Delio el Historiador: este se escapò de lo que

Cleopatra tenia trazado hazer, por aviso de Glauco su Medico. Estaba Cleopatra mal con este, porque un dia dixo, que el vino que ella, y Antonio bebian era vinagre, bebiendo Sarmento (un esclavillo truhan, que cesar estimaba) el Falerno, que es un vino muy preciado. Al assumpto de la lisonja escriviò el Maestro Francisco Novella, Cathedratico de Retorica en Valencia, este

SONETO.

Blanda lisonja à la Syrena imita,
Que aplaude para dàr muerte afrentosa;
Quando no menos dulce, que engañosa,
Aciertos no, deleytes solicita.
De la virtud aparta, al vicio incita,
A quien su voz escucha cautelosa,

Y al que no es sabio Ulises licenciosa,
En el mar de su infamia precipita.
Del mundo en el Teatro aplausos goze
Quien del oìdo con valor destierra
Del que govierna Principe el engaño.
Que si su fraude astuto no conoce,
El menos cauto en el govierno hierra,
Y el Pueblo mas quexoso siente el daño.

CAPITULO X.

Trata de como se diò la batalla Naval entre Cesar, y Antonio, y como Antonio fue vencido, y se salià huyendo de ella en seguimiento de Cleopatra, como despues se retirà de ella, y su buelta à Egypto.

CEsar tuvo en Roma hechas apretadas diligencias con el Senado, para que se determinas-

naſſe guerra contra Cleopatra, y mandaſſe à Antonio, que dexaſſe el Imperio del Oriente, el qual èl avia caſi dado à Cleopatra, diciendo para esforzar ſu pretenſion, que Antonio eſtaba hechizado, que era incapàz de regir, y governar, y que à los que avia de tener por enemigos, eran à Mardion Eunuco, y à Partheno, y Erias, Camarera de Cleopatra, y à Charmio, los quales eran quien mas parte tenian en la governacion.

Muchos errores hizo Antonio, ſiendo valeroſo Capitan, y de mucha experiencia, los quales pudiera remediar, y ſer vencedor, como ſe verà en Plutarco,

co, y en Dion, que eſcriven ſu vida; pero uno de los mayores fue, que ſiendo el valiente hombre por la tierra, y teniendo muy eſcogido exercito, por cumplir con la voluntad de Cleopatra, diò la batalla àCeſar por la mar, aunqua èl ſabia, que para ocupar todas las Naves, avian buſcado muchos caminantes, y gente báxa, que todos eran inutiles. y de poca experiencia para pelear, y aun aſsi no eſtaban llenas de la gente neceſſaria, y con todo. por ſer peſadas, no podian navegar.

Huvo muchos prodigios al partirſe la Armada àzia Italia, y entre ellos fue, que en la Nave

de

de Cleopatra avian hecho nido unas golondrinas ; y viniendo otras , echaron à las que eſtaban antes , y las derribaron el nido. Vino Antonio haſta Accio , que es un Promontorio junto à la Ciudad de Epiro , que aora llaman la Proenza , ribera del mar Ionio ; y en deſembarcando , tomò luego un Lugar, que llamaban Torina : huvo mucho alboroto en la Armada de Antonio, porque la gente que venia por tierra aun no avia llegado, dicen, que entonces , ſintiendo Clopatra eſta amenaza de motin , dixo à los ſoldados por vìa de gracia : Què os alterais porque Ceſar eſtè ſentado en Torina ? dando

dò à entender por lo que ſe ſoſpechaba de los amores de el Ceſar, y Julia ſu hija, que dixo eſto Cleopatra con malicia, porque Ovido en ſus verſos la llamaba Corina. Aqui ſe quenta una accion de Antonio de mucha humanidad, y nobleza, que aviendo Domicio Æenobarbo paſſadoſe à la parte de Ceſar en una barquilla, aunque èl lo ſintiò mucho, le embiò toda ſu hacienda, criados, y amigos, contra la voluntad deCleopatra, que acriminaba el hécho quanto podia; pero Domicio cayendo malo, ò por cauſa de la gravedad de ſu enfermedad, ò lo mas cierto, de pena (ſegun afirman) de

lo

lo que avia hecho, dentro de pocos dias muriò.

En la Armada de Antonio sucedian cada dia muchos embarazos, à cuya causa èl mudò de parecer, queriendo pelear por tierra, porque Dicome, Rey de los Getas, le prometia grande socorro; y assi Can idio bolviò à ser de parecer, que Cleopatra se fuesse à Egypto, y que Antonio caminasse para Macedonia, para dàr alli la batalla; pero todavia pudo mas Cleopatra, que puso toda su fuerza en que la batalla fuesse por mar, teniendo yà modo, si peligrasse, como huìr, que solo miraba su particular razon de estado, no mirando tanto à

que

que vencieſſe Antonio, quanto à eſcaparſe ella de venir à manos de Ceſar.

Aqui dicen, que paſſando un dia Antonio por donde eſtaba ſu exercito, un ſoldado viejo de èl, que era Capitan, ſe deſcubriò el pecho en la preſencia de Antonio, el qual tenia lleno de cicatrizes de heridas, y le dixo: Porquè (ò Emperador!) confias tan poco; de quien ha recibido eſtas heridas, y govierna eſta eſpada, que quieras poner la eſperanza de tu victoria en unos fragiles maderos, y tablas: dexa à los de Egypto, y de Fenicia; que peleen en Naves ſobre el agua, y à noſotros los Romanos permi-

mitenos que peleemos en tierra, donde eſtamos acoſtumbrados à vencer, y triunfar de nueſtros enemigos. A eſte aſſumpto eſcriviò el Licenciado Jacinto Navarro, natural de Valencia, agudamente, que ſu ingenio es aplaudido en aquella Ciudad.

SONETO.

En montes de olas, cuya algente bruma
De greñas de criſtal rizos remata,
Iuanelos que de aljofar, y de plata
Liſonja erigen al que es Dios de eſpuma:
Con leños que eternizan larga ſuma,
Teatro expone, ſi Paleſtra trata
Antonio contra Auguſto, que dilata
Su nombre para marmol, bronze, y pluma:
Quando Auriſpice al daño le previno
Con mil heridas un Capitan fuerte,
Que à Rèmora aſpirò de ſu deſtino.

Con

Con ruegos, y despojos de la muerte,
Diciendo, si Soldados qual yo animo,
Fia en Cibeles, no en Tetis tu suerte.

Tenia Antonio en su exercito cien mil infantes, y doze mil cavallos. Ayudabanle Baco, Rey de Libia: Tarcodemio, Rey de Cilicia la alta: Archelao, Rey de Capadocia: Philadelpho, Rey de Paflagonia: Mitridates, Rey de Comagena; y Adolas, Rey de Trazia. Estos iban en persona con Antonio, sin otros, que le embiaron su gente, y estos fueron Polemon, Rey de Ponto: Mancho, Rey de Arabia: Herodes, Rey de Judèa: Aminthas, Rey de Licaonia, y Galacia, y el Rey de los Medos.

Octaviano tenia por otra parte docientas y cinquenta Naves de pelèa, ochenta mil Infantes, y otra tanta gente de acavallo, como Antonio, aunque no tan buena.

Diose la batalla junto à Accio peleando de la una, y de la otra parte valientemente. Sucediò, que rebolviendo Agripa la punta siniestra del exercito, huvo alguna turbacion enmedio de la Armada de Antonio; pero no porque se conociesse ventaja alguna. Cleopatra como sintiò aquello, temerosa, y con rezelo de venir à poder deCesar, al punto hizo alzar velas à sus Naves, y huyò con sesenta de ellas, las qua-

quales passaron por delante de las contrarias para hazer su fuga. Los de Cesar, que vieron esto, se hallaron confusos, no sabiendo con què fin hiziessen aquellas Naves tal salida, porque no podian creer que huyessen, viendoles ventajosos en todo; mas presto salieron de su confusion, porque Antonio, como finissimo amante de Cleopatra, echò de vèr la pretension de la Reyna, y diò entonces à entender faltarle el libre alvedrio, y el consejo de buen Capitan, con que no pudo resistir la enamorada passion, con que se infiere de aqui ser averiguada verdad lo que dixo un Poeta, que el alma del amante

parece que vive en cuerpo ageno. Assi se viò por Antonio, porque luego que viò partir à su Cleopatra del lugar de la batalla de la manera que el poderoso imàn atrae à sì el azero, fue llevado de la hermosura de la Egypciana Reyna, y assi prestamente saltò en una galera, y la fue siguiendo, desamparando el exercito, y à todos aquellos Reyes sus valedores, que estaban peleando por su defensa, yendose tràs de aquella muger, que à sì misma, y à este Capitan avia echado à perder con sus dañosos consejos. A este assumpto escriviò Vicente Gascon de Siurana, natural de Valencia, claro, y agudo ingenio,

Y

y de los que con mas acierto escriven en aquella Ciudad, como lo diran estas

OTAVAS.

La sed ardiente del Imperio Ausonio;
Hidropica ambicion del apetito,
Matar intentan en el Golfo Ionio;
Antonio, y Cesar en naval conflicto:
Guia fortuna à Augusto, à Marco Antonio
La hermosa Reyna del fecundo Egypto,
La batalla presentan, y la suerte
Teme Cleopatra, que el peligro advierte.

Pero no que pudiera tal victoria
Eternizar el nombre de su amante;
Y que hurtarle al amor posible gloria;
Desdice acciones de valor constante:
Que el temor representa en su memoria
Al Cesar vencedor de ella triunfante,
Y assi de Marte con veloz carrera
Huye quanto medrosa, tan ligera.

Fugaz advierte favorable el viento;
Y el General de quien es Norte claro
(Bruxula de ſu rapto movimiento,
Y azero de ſu iman) ſigue ſu amparo:
Trás sì le lleva ſu laſcivo aliento,
Prodigo del laurèl que afectó avaro,
Naufrago de ſu honor, no eſcollos topa;
Que trás ſu guſto corre viento en popa.

Sin ſu favor ſe juzga por perdido,
Y aunque eſcuſas prevenga ſu cuydado;
Dà en lo que menos pierde por perdido,
Mas que en lo que mas gana por ganado:
Digno vincula à ſu memoria olvido,
Que amor que le diſculpa le ha culpado,
Porque en el corazon donde mas arde,
Finezas aborrece de covarde.

Cleopatra luego que conociò que Antonio la ſeguia, mandò alzar una ſeña, àzia la qual encaminò Antonio, con que llegan-

gando à la Nave de la Reyna, le recibieron en ella, pero ni èl quiso vèr à Cleopatra, ni que ella le viniesse à vèr adonde se retirò, que fue en la proa, donde sentado se cubriò el rostro con las manos, y de esta suerte passò tres dias, sin querer que le viesse la hermosa Reyna. No se sabe si aquello lo hizo con enojo, ò con verguenza de aver dexado su exercito. En fin, como llegassen à Tenaro (que es en Lacedemonia) las mugeres que servian à Antonio, y à Cleopatra, solicitaron con muchas veras, que los dos amantes se bolviessen à hablar, y cohabitassen.

Antonio desde alli se fue à

Africa, y Cleopatra à Egypto; pero temiendo que si se entendia en su tierra que venia vencida, se moveria algun alboroto, fingiò con mañosa astucia ser ella vencedora, coronando las proas de sus naves, y galeras con hiedras, y laureles, y entrò de esta suerte en el puerto, haciendo una sonora salva al sòn de muchos bèlicos instrumentos, aclamando todos victoria.

Despues que estuvo en salvamento, y todo se huvo entendido, à muchos principales de el Reyno, que siempre por sus costumbres le avian sido contrarios, mandò cortar las cabezas, y con los bienes que se les confiscaron,

y

y asimismo con otras muchas riquezas, que robò en los Erarios, y Templos, juntò gran muchedumbre de tesoro, y se hizo muy poderosa; y por traer à su amistad al Rey de Media, le embiò la cabeza de el de Armenia, que ella tenia preso, como se ha dicho, desde que entrò triunfando de èl Marco Antonio en Alexandria. Este Rey era mortal enemigo del Medo.

Antonio en Africa se retirò de tal manera, que no se holgaba con otra cosa, sino con estàr solo, y solamente passaba la vida en notable desconsuelo con dos amigos suyos: el uno era Aristocrates, Retorico, Griego, y el

otro

otro Luzilo Romano.

Bolvamos à Cesar, que victorioso, y con trecientas galeras, que huvo en su poder de las de Antonio, comenzò à usar de su piedad con los vencidos, dandoles perdon à todos. Al Exercito que Antonio tenia en tierra, no le faltò constancia, y fee, aunque desamparado de èl, que estuvo prevenido siete dias en su Real, para dàr la batalla, sin aceptar las ofertas, y partidos, que Cesar les hazia; y estuvieran mucho mas tiempo en resistirse, si Canidio (que en lugar de Marco Antonio se governaba) no usàra mal de su cargo, porque passados los siete dias, una noche se-

cre-

cretamente se salió de el campo huyendo en busca de Antonio, y desamparò la gente, la qual visto lo que avia hecho, se huvo de dàr al vencedor, y Cesar usò con ella su acostumbrada clemencia, alcanzando assi la victoria del todo. No le pareciò (ò lo mas cierto no pudo) ir en seguimiento de Antonio; y assi ordenò alli las cosas de Grecia, y por algunos movimientos que huvo en Italia, partiò allà, donde se detuvo mas tiempo de el que quisiera.

Cansado Antonio yà de la solitaria vida que passaba en Africa, se vino à Alexandria, donde hallò à su Cleopatra, que avia in-

intentado una grande obra, nunca imaginada de su animo, y era esta.

Entre el mar Bermejo, y el de Egypto ay un estrecho, cuya latitud es de trecientos estadios, el qual parece que le hizo la naturaleza como por termino de Assia, y Africa. Por este estrecho pensò Cleopatra passar su Armada en el seno Arabico, y con mucho oro, y plata, que avia recogido, y assimismo con bastante compañia de los suyos, determinò buscar Lugares no conocidos donde vivir, huyendo de la guerra, y de la servidumbre, imitando en esto à la Reyna Dido, quando de Fenicia se vino à Africa; pe-

ro como à su intencion resistiessen los de Arabia, no lo pudo conseguir, y assi huvo de guardar sus costas, y puertos.

En este tiempo supo Antonio, que el Exercito que governaba Canidio, por averse ausentado, era rendido yà à Cesar, y que à èl no le quedaba sino solamente Egypto, por lo qual apartando de sì toda la tristeza, que antes avia mostrado en lo exterior (sì bien en lo interior se temia de muchos daños, que esperaba del Cesar) se bolviò à la Casa Real de donde se avia ausentado, y assimismo à los banquetes, y combites, que antes acostumbraba hazer, regocijandolos con fiestas,

tas, y juegos toda la Ciudad. A Ptolomeo Cesarion, hijo de Cleopatra, y Julio Cesar, hizo passar à la edad de Mancebos, conforme à la costumbre que en aquel tiempo se tenia, y à Athilo hijo suyo, y de Fulbia, diole Toga, que los Latinos llaman viril, conforme à la usanza de los Romanos. Responde esto à lo que en estos tiempos llaman ponerle casa à un Principe. El, y Cleopatra dexaron aquella vida antigua con que el uno al otro se combidaban (que ellos llaman inimitable) y inventaron otra no de menos passatiempo, y deleyte que la passada, la qual llamaban de los Synapothumenos,

que

que quiere decir de los que avian de morir juntos.

Muchos de los amigos que tenian entraban en la mesma fiesta debaxo de este nombre, y assi andaban los combites, y banquetes en circulo, tocandoles à cada uno su vez, en que se gastaba mucho dinero, desvelandose en hazer nuevas invenciones de platos, y de costosos regalos.

Cleopatra entre tanto tenia cuydado de buscar mucha copia de venenos, y inquirir la fuerza de cada uno, haciendo experiencia de todos ellos, con los que estaban en las carceles condenados à muerte; y considerando, que los venenos que mataban con

con presteza, causaban terribles dolores, y que los blandos diferian la muerte, puso cuydado en buscar los venenos de diferentes animales, y despues hazer experiencia de muchos, hallò que sola la mordedura del aspid (que es un genero de animal de la especie de vivora ponzoñosa de Egypto) sin ningun dolor acaba ba la vida, cargando la cabeza cõ sueño, causando un leve sudor por el rostro, faltando poco à poco los vitales espiritus, y dandoles pena à los que lo tomaban, el ser recordados del sueño, como le suelen recibir los que duermen suave, y gustosamente, y este le pareciò el mejor,

por-

porque fue informada, que en tiempo de su abuelo Ptolomeo Lathuro, Demethrio Phalerico, aquel eloquente Philosopho, y excelente Governador de Athenas (que por miedo de Antigono se avia venido huyendo à Egypto, estando en desgracia de el Rey, por un consejo que diò à su padre) fue preso, y detenido en la Region Busirete; y fatigado de la larga prision, escogiò esta muerte, dexandose morder de un aspid, con que acabò la vida en profundo sueño, sin darle la muerte mucha pena. Al assumpto de escoger Cleopatra venenos, escriviò D. Francisco Diego de Sayas, con la elegancia que

siempre lo haze, este

SONETO.

Sutilizando filos à la muerte
En venenos fatales à la vida,
Quiere Cleopatra à su impiedad rendida;
Dominar los orgullos de la suerte.
Observado el mas dulce, y el mas fuerte
Temido, à un aspid sordo se combida,
Que cebado en la sangre de su herida,
A Augusto tan gran purpura divierte.
Assi atrevida, de su imagen triste,
Al lento original trocò el semblante,
Con beldad, que al estrago se resiste.
O vengadora altiva de tu Amante,
Lo posible con todos excediste.
Pues despojo trasciendes à triunfante;

*** *** ***
*** ***
***

CAPITULO XI.

Trata de pazes Cleopatra con Cesar. Hazele un presente. Entra Cesar en Egypto. Toma el puerto de Pelusio. Tiene un encuentro con Antonio, y Antonio sale victorioso, pero en el ultimo es vencido; muere Antonio, quitandose la vida, y lo demàs que sucediò.

MArcò Antonio, y Cleopatra, algo temerosos de que Cesar viniesse à Egypto, como se decia, ordenaban venirse à España, por si las cosas llegassen à rompimiento, que los pusiesse en apretura de adversi-

dad; pareciendoles, que con el mucho teſoro que Cleopatra tenia junto, podrian emprehender, que aquella Region ſe revelaſſe contra Ceſar; ò ſino, tambien tenian intento de paſſar de la otra parte de el mar Bermejo; y por poder tener eſtos deſignios mas encubiertos, ò à lo menos engañar à Ceſar; y ſi ſe deſcuydaba, quitarle la vida à traycion, embiaron Embaxadores, que trataſſen pazes, y que juntamente de ſecreto ſobornaſſen à los ſoldados con dineros, que para eſte efecto llevaban. Cleopatra pedia, que el Reyno de Egypto ſe le dieſſen à ſus hijos, y à Antonio le concedieſſe, que como

hom-

hombre privado pudiesse vivir en Athenas seguro; y Cleopatra de secreto (sin que Antonio fuesse sabidor de esto) embiò à Cesar un Cetro; y una Corona de oro, y la Silla Real de los Reyes de Egypto, que era pieza riquisima, y todas tres de inestimable valor, por sobornarle con estos dones, para que disimuladamente le entregasse à ella el Reyno; y que si la enemistad era con Antonio, de ella por lo menos tuviesse misericordia.

Cesar recibiò los dones, tomandolos en señal de buen agüero; pero à la peticion de Cleopatra en lo publico la amenazò mucho, embiandola à decir, que si

ella dexaba las armas, y desistia del Reyno, que èl tomaria consejo sobre lo que debiesse hazer; pero en secreto la embiò à prometer seguridad de la vida, y pacifica possesion de su Reyno, si daba orden de matar à Antonio. Embiò Cesar à Cleopatra para tratar de esto con mas fundamento, à un criado suyo, hombre de partes, llamado Thirso: era de agradable condicion, y persona que se le podia fiar qualquiera negocio aun de mas importancia que este, con serlo de tanta. Al fin era embiado de un señor mozo, à una Reyna hermosa, y que de su condicion era vana, en quien hallaba entrada la lisonja to-

todas las vezes con facilidad, y Thirso no era poco lisongero. Tratábale Cleopatra con todo genero de honra, de lo qual tuvo Antonio no pequeña sospecha y grandes zelos despues, y assi le mandò prender; y maltratado, le embiò à Cesar, pidiendole que le perdonasse el averle tratado assi à su criado, pues àun hombre afligido, y melancolico qualquiera cosa le irritaba, y daba enojo, que si de lo q̃ avia echo con èl se avia ofẽdido, que allà tenia otro criado suyo en quien podia vengarse. Cleopatra, para satisfacer à Antonio de esta sospecha, procurò de alli adelante acariciarle mucho, y mostrarle mayor vo-

luntad; y assi aviendo hecho fiesta al dia de su nacimiento muy tibiamente, quando se llegò el de Marco Antonio le celebrò con muy solemne, y sumptuosa fiesta. Mandò llamar à todo genero de gentes aquel dia para la comida; y muchos pobres que en ella se hallaron, bolvieron ricos por la liberalidad de Cleopatra. Despues de esto, aviendo ido Marco Antonio à pelear con Cornelio Gallo, que le avia tomado cierto puesto en la Region Cirenayca, que se llamaba Parethonio: Cesar passò en Egypto con poderoso exercito, llevando proposito de dàr remate à la competencia con Antonio, como lo hi-

hizo; y llegò sobre la Ciudad de Alexandria, à la qual yà avia buelto Antonio, y en ella tenian èl, y Cleopatra mucha, y muy esforzada gente de à pie, y de acavallo, que en el tiempo que Cesar se avia detenido, avian juntado, y estaba muy bien pagada. Tenian Assimismo en el mar grande Armada, assi de la de Cleopatra, como de la que de otras partes avia venido en su socorro. Dizese, que Cesar tomò el puerto de Pelusio; pero la verdad es, que le tomò por trato con Cleopatra, que como ella conociò su gran poder, y que aunque el suyo le podia resistir, no le acudia à favorecer à Antonio valedor nin-

ninguno, y assi juzgò que no se podrian defender contra èl mucho tiempo. Engañada Cleopatra de las palabras que Thirso la avia dicho, quando se le embiò Cesar, fingiendo estàr Octaviano muy enamorado de ella, le diò credito mas de lo que debiera; pero pensando atraherle à èl, como avia hecho à su tio Julio Cesar, y à Marco Antonio: assi le entregò el Puerto, entendiendo quedaria con todo el Reyno de Egypto en pacifica possessiòn, y aun esperaba, y tenia creìdo ser señora de Roma. Esta confianza la hizo no embiar socorro al Puerto de Pelusio, y assi se tomò por el Cesar, el qual se acerca-

ba à Alexandria, y Cleopatra de secreto mandò à los Ciudadanos que no salieſſen contra èl, como quiera que en lo publico les mandaba reſiſtirle con las armas; passò la palabra de esta cautela hasta llegar à los oìdos de Antonio, à quien Seleuco, que era Alcayde de Peluſio, dixo que avia entregado aquella fuerza con voluntad de Cleopatra; pero ella queriendo diſculparſe, tràs el yerro que avia hecho, hizo otro, entregando la muger, y hijos de Seleuco à Antonio, para que à ſu ſatisfacion les caſtigaſſe.

Junto al Templo de la Dioſa Iſis avia Cleopatra edificado unos grandes, y ſumptuoſos edi-

fi-

ficios, que podian servir en tiempo de necesidad de fuerte. En este lugar encerrò grande copia de oro, y plata, perlas, esmeraldas, evano, marfil, cinamomo, y otras cosas de grande precio, y valor, que avia en la Casa Real. Assimismo avia metido en aquellos Sepulcros grande cantidad de tèas, y de estopa, lo qual sabido por Cesar, temiendo que con desesperaciõ quemasse aquellas riquezas, la embiaba de secreto mensageros muy amenudo, con quien le daba buenas esperanzas en lo prometido antes, y èl determinò acercarse mas à la Ciudad, y fue tan cerca, que assentò su Real junto con el Hypodro-

dromo, que era lugar donde hazian mal à los cavallos. Visto esto por Antonio, con su antiguo animo (del qual tarde, y sin provecho se valiò) saliò al campo contra Cesar; y travandose escaramuza con su gente de acavallo se diò tan buena maña, que metiò la gente de Augusto huyendo hasta el Real. Bolviose con esto à la Ciudad muy contento, y vanaglorioso; y dicen, que no se quiso desarmar, sino assi como venia se entrò à vèr à Cleopatra, que le estaba aguardando, à la qual abrazò con mucho amor. A un Soldado, que aquel dia se avia entre todos señalado, peleando valientemente, mandò,

dò, que cenaſſe con èl aquell
noche, y Cleopatra le diò un co
ſelete, y una zelada de oro; pe
ro elSoldado deſpues de aver re
cibido eſtas dadivas, aquella m
ma noche ſe paſsò al exercito d
el Ceſar. Eſta victoria que tuv
Antonio ſe dice la conſiguiò po
venir la gente de Ceſar canſada.

El dia ſiguiente, con el bue
ſuceſſo embiò Antonio à deſa
fiar à Ceſar de ſu perſona à la ſu
ya, à lo qual le reſpondiò, qu
muchas maneras avia para qu
Marco Antonio acabaſſe la vida
ſin querer morir à ſus manos. A

eſte aſſumpto eſcrivì eſte

SO

SONETO.

Antonio al fuerte Cesar Octaviano
De persona à persona desafia,
Que como de su gente desconfia
Libra el hecho en su esfuerzo soberano.
Aquel invicto, cèlebre Romano,
Por respuesta le diò, què modo avia
Para llegar à vèr su fuerte impìa,
Sin el rigor de su invencible mano.
Siente el desprecio Antonio, y atrevido,
(Sino desesperado) su impaciencia
Al campo del contrario le encamina.
Probò la suerte, mas quedò vencido;
Que no ay valor, ni fuerte resistencia,
Si el Cielo los castigos determina.

Assi sucediò, como refiere el Soneto, porque aviendo oìdo Antonio la respuestà de Cesar, se determinò à darle à entender su valor, y morir peleando; y assi el

el siguiente dia le diò la batalla por tierra, y por mar; y estando parado en un Promontorio, viendo como lo hacia su Armada en el mar. Luego que las Naves se acercaron à las de Cesar, en vez de pelear se saludaron, y hicieron muestras de amistad, y juntandose se hicieron de las dos una, y de esta suerte se fuerõ acercando à la Ciudad. La causa de esto dizen que fue Cleopatra; porque teniendo entendido, que la voluntad de Antonio era, si fuesse vencido, passarse à Espaõ, diò este orden, que se ha dicho: Antonio luego que viò esto, y que en la tierra tambien era desamparado de su gente de

aca-

acavallo, bolvioſe à la Ciudad, diciendo à vozes, que Cleopatra le àvia hecho traycion, quando èl la tenia mayor voluntad, y que le avia vendido à los que por ſu cauſa le eran enemigos.

Cleopatra luego que ſupo eſto, temiendo el enojo de Antonio, ſe retirò à los ſepulcros, que pocos dias antes avia acabado de obrar; y en eſtando dentro de ellos, hizo que con cuydado echaſſen los Raſtrillos à las puertas, que eran muy fuertes, publicando, que eſto lo hacia por no venir à poder de Ceſar, y tener alli mejor que en otra parte, lugar de quitarſe la vida antes de llegar à eſte lance.

Antonio, aunque avia visto la traycion manifiesta de que podia tener buen desengaño, era tanto el amor que à Cleopatra tenia, que aun apenas lo podia creer: Quiso Cleopatra hazer prueba de lo que Antonio la amaba; y assi mandò à un criado suyo, que le fuesse à decir, que ella se avia dado la muerte. Fue facil en Antonio el creer esta ficcion por verdad, y con la subita nueva, quedò fuera de sì; mas cobrandose luego, comenzò à decir: Què esperas Antonio, pues la causa principal por quien tenias vida yà carece de ella, para desconsuelo; y pena tuya? O infelice suerte mia, riguroſa, è inconſ-

constante fortuna, quan breves son tus bienes, y quan caducas tus glorias! Ayer me vì favorecido de tì, siendolo de mi querida Cleopatra, y oy me hallo despojado de tus favores, y lo peor es, sin esperãza de poder gozarlos mas. Dicho esto, se entrò en su aposento, y quitandose las armas, dixo: No me desconsuela, (ò querida Reyna de Egypto, que carezca de tì, que presto estarèmos juntos, sino que un valeroso, y no vencido Capitan, como yo, lo sea de tì en fortaleza, pues antes que yo te supiste quitar la vida.

Tenia Marco Antonio un criado,

do, que se llamaba Heros, à quien tenia mandado, que en semejante necesidad le matasse; y pidiendole en èsta ocasion la palabra, el sacò la espada, y en vez de herir con ella à su dueño, hirióse à sì mismo con una penetrante herida, de que cayò luego muerto à los pies de Marco Antonio; lo qual visto por èl, dixo: Bien lo has hecho, (ò Heros) que con esso me enseñas lo que debo hazer; y en diciendo esto, sacando su espada, se la entrò por el vientre, y con la herida desangrandose, se echò en la cama. A este assumpto escrivì este

SONETO.

Antonio (su potencia yà rendida)
Segundo trance de fortuna prueba,
Oyendo luego la mentida nueva
De que su amada Reyna està sin vida.
Su fin, à fin violento le combida
Queriendo que en amor nada le deba,
Y por lograrse la intencion que lleva,
Manda à un criado sea su homicida.
A tan cruel mandato inobediente,
El medio de matarse (aunque sea estraño
Contra sì mismo) elige por mas bueno.
Què exemplo de lealtad (ó fiel sirviente!)
Que quisiste ser prompto al propio daño,
Antes que executar en el ageno.

No muriò Antonio luego, porque acudiò su gente, y le tomò la sangre, haciendole remedios, de suerte, que bolviò en sì. y hallandose cercado de sus criados,

les rogaba afectuosamente, que le acabassen de matar, y à algunos con mayor encarecimiento representandoles(porque lo executassen) las mercedes que de èl avian recibido; pero como todos rehusassen darle en esto gusto, y se fuessen huyendo de su presencia, èl daba vozes como hombre furioso, y sin juicio, llamãdoles para que acabassen con èl, llegò à este tiempo Diomedes embiado por Cleopatra, el qual le dixo como no era muerta, pareciòle à Antonio, que se lo decia, porque se consolasse, y assi no le diò credito. Mas Diomedes le assegurò ser lo que le decia verdad, y que venia de parte

te de la Reyna, para llevarle al sepulcro donde estaba retirada. Entonces viendo Antonio que Cleopatra era viva, se alegrò sumamente, y mandò à suscriados, que assi como estaba le llevassen luego allà: hicieronlo assi, de modo, que le llevaron hasta las puertas de los sepulcros, las quales no quisoCleopatra que se abriessen, pero mandò, que por la parte de arriba (que estaba descubierto) le entrassen con unas maromas, que estaban puestas para subir la piedra del edificio, obedecieronla; y puesto alli Antonio, la misma Reyna, y sus criades eran las que tiraban por la parte de arriba: la lastima de

los que à este espectaculo se hallaron presentes, era grande. Viendo à Marco Antonio teñido en su sangre subir à lo alto, y descender despues, ayudandose èl mismo con sus manos, asiendo de las mafomas para llegar mas aprieſſa, porque la fuerza de las mugeres era poca, y menos la maña, aunque Cleopatra las reprehendia, de quan flojamente le subian, y ella mostraba de verle assi notable sentimiento: luego que le tuvieron abajo, le pusieron sobre una cama, y la Reyna en verle assi, de pena rompiò sus vestidos, y se maltratò el rostro, con sus manos no perdonando à sus hermosos cabellos, y

blan-

blancos pechos, y llamandole à vozes su señor, su Emperador, y su esposo, de suerte, que ocupada en llorar la pèrdida de Antonio, se olvidaba de lo que la prevenia Cesar. Antonio, para que cessasse el llanto de Cleopatra, se procurò animar algun tanto, y se incorporò en la cama, pidiendo que le diessen un poco de vino: esto hizo, ò porque verdaderamente tenia sed, ò porque con la fuerza de la bebida creyò, que mas presto moriria: luego que lo huvo bebido, amonestò à la Reyna, que con tal, que conviniesse à su honra, y reputacion, tratasse en sus cosas de concierto con el Cesar, y que la aconseja-

ba,

ba, que de quien mas se podia fiar de los que le assistian, era de un Capitan, llamado Proculeyo, y assimismo la pidiò encarecidamente, que no sientiesse mucho su muerte, ni el aver sucedido desgraciadamente sus cosas, sino que antes le tuviesse por muy dichoso, por aver sido muy querido, y estimado en su Imperio, y que siendo Romano moria consolado de que entonces era vencido sin mostrar cobardìa, no de un barbaro, sino de un poderoso Monarca, de su misma nacion, diciendo estas ultimas razones, rindiò el espiritu en los brazos de la hermosa Cleopatra, que de nuevo con triste llan-

llanto bolviò à maltratarse, y mesar sus cabellos, sin bastar ningun consuelo para mitigar su pena. Al assumpto de darse Marco Antonio de puñaladas, sabiendo la mentida muerte de Cleopatra, y al morir en su presẽcia, escriviò este Soneto el claro ingenio del siempre venerado Maestro Joseph de Valdivieſſo, Capellan de Honor del Sereniſsimo señor Infante Cardenal, y de la Capilla Mozarabe de la Santa Iglesia de Toledo, à cuyos escritos han merecido, y merecen tantos aplausos en todas bocas, y no solo en esta edad los grangearàn, pero en la futura de los que leyeren la Josofina, y otras obras que la igualan.

SO-

SONETO.

Recibe(ó mi Cleopatra!) la poſtrera
Reſpiracion del pecho enamorado,
Que juſtamente el Cielo ha decretado,
Que el que viviò à tu luz,à tu luz muera;
La fama quiſo el hado que mintiera,
Que fuera grande impropriedad del hado;
Que yo muriera, quando deſdichado,
Y aſsi aguardome à que dichoſo fuera.
Dichoſo, pues, que muero quando miro;
Que quedas viva tu, que de otra ſuerte
Fuera morir dos vezes de una herida.
Bebàn tus labios mi ultimo ſuſpiro,
Serà(quedando en tì) dulce mi muerte;
Y tù de entrambos viviràs la vida.

CAPITULO XII.

Que trata de la priſion de Cleopatra,y entrada del Ceſar en Alexandria. Sepultaſe Marco Antonio. Viſita Ceſar à Cleopatra, y lo que los dos paſſaron en eſta platica.

Quan-

QUando espirò Marco Antonio en los brazos de Cleopatra, yà Cesar tenia aviso de como èl mismo se avia herido de muerte, este se le dio uno de los Mazeros de Antonio, llamado Dircetheo, el qual le llevò la misma espada con que se avia herido, teñida con su propia sangre; y despues de averse la mostrado à Cesar, le dio quenta de como se avia herido. Luego le vino otro aviso de su muerte en los brazos de la Reyna de Egipto, cõ lo qual se retiro Cesar à lo mas oculto de su tienda, y alli llorò tiernamente la muerte de Antonio, por aver sido su cuñado, y compañero en la governacion

cion de el Imperio, y en tantas guerras, y trabajos, donde siempre se avian hallado juntos, y sido fieles amigos, hasta la guerra ultima, causada por el lascivo amor de Cleopatra, y olvido de Octavia su esposa. Vinieron alli muchos de los amigos del Cesar, à quien èl leyo algunas cartas, que Antonio le avia escrito, dictadas con mucha cordura, y prudencia. Deseando Cesar, que Cleopatra viniesse viva à sus manos, y con ella las grandes riquezas, que èl sabia tener encerradas en aquellos sepulcros, temio que no les pusiesse fuego con el aviso que tenia de los materiales que avia prevenido, y la Reyna te-

tenia encerrado consigo, embio à ella à Proculeyo, para que tratasse con ella los medios posibles, porque le parecia que à su honra convenia llevarla à Roma, para entrar triunfando con ella. Diose aviso à Cleopatra de como la queria hablar Proculeyo, y ella salio à una rexa à estàr con èl: en esta platica le pidio Cleopatra con grande afecto, que intercediesse con el Cesar en que le concediesse posseer el Reyno de Egypto, y que despues le heredassen sus hijos, Proculeyo le daba buenas esperanzas, diciendo, que fiasse sus cosas del Cesar, poniendose en su poder, que èl era tan clemente, que miraria

en

en esto lo que fuesse razon, y justicia: de esto la hizo grandes promessas, con que Cleopatra coligio no hallar por este medio buena disposicion lo que pretendia; y finalmente no concluyendo nada, Proculeyo se bolvio para Cesar en lo que duro esta platica. Procuro este Romano vèr con atencion el sitio del sepulcro y su fortaleza, que importo mucho para lo que adelante se dirà. Informado, pues, el Cesar de lo que con Cleopatra avia passado, quiso que otro dia bolviesse à hablarla otro Capitan suyo, llamado Galo, sobre la misma platica, à este le habló Cleopatra tambien por la parte que à Proculeyo,

yo, y èl procurò dilatar la platica todo quanto pudo, divirtiendo à la Reyna de suerte, que en el interin tuviesse lugar Proculeyo de poner escalas, y subir por la parte que avian subido herido à Marco Antonio, de donde decendiò con mucha presteza, y agilidad adonde estaba la hermosa Cleopatra con dos criadas; mas siendo sentido de la una, diò aviso à su señora muy assustada, diciendo à vozes: Desdichada Reyna, viva te prenden. Bolviò Cleopatra la cabeza à estas palabras; y viendo à Proculeyo, se turbò estrañamente; pero cobrandose del susto que avia recibido, tomò un cuchillo que traìa

consigo para matarse con èl; mas Proculeyo llegò con mucha presteza à quitarselo de las manos, diciendola: Injuria hazes Cleopatra à tì, y al Cesar, quitandole la ocasion de poder mostrar contigo su bondad, y clemencia; y assimismo hazes mal en que un Principe tan manso, y prudente te parezca falto de misericordia, virtud de que èl se precia tanto: Dicho esto, le acabò de quitar el cuchillo de las manos, y con esto le sacudiò todas las ropas, porque no tuviesse encubierta en ellas alguna ponzoña. Sabido esto por el Cesar, embiò luego à Epaphrodito Eunuco suyo, para que estuviesse en com-

compañia de la Reyna, por guarda suya, advirtiendole, que tuviesse mucho cuydado con ella no se matasse, dandole en todo lo demàs la libertad que quisiesse.

Con esto entrò Cesar en Alexandria, sabiendo primero que sin resistencia alguna le darian entrada; y aviendo entrado, perdonò à todos generalmente. Muchos Reyes, y otras personas principales le pidieron afectuosamente el cuerpo de Antonio, para sepultarle, mas el Cesar no quiso darle à ninguno, sino à Cleopatra, mandando con esto, que la obedeciessen en todo lo que ella quisiesse hazer; la qual enterrò

el cuerpo de Antonio con sus propias manos con mucha sumptuosidad, como se esperaba de su grandeza, y del amor que siempre le tuvo.

De la pena de la muerte de Antonio, y asimismo de los muchos golpes que se avia dado Cleopatra en el rostro, le sobrevino una fiebre continua, con la qual se holgò la Reyna, pareciendole que assi tendria ocasion de matarse con dieta, como cosa conveniente para la enfermedad. Supose esto, por lo que Olimpo, Medico suyo, dexò escrito en una Historia, que compuso de estos sucessos; mas el Cesar informado de esto, la amena-

nazò, que sino miraba por sì, haria matar à sus hijos, que los tenia presos, con lo qual pudo tanto el amor de ellos, que por temor deque no executasse el Cesar la amenaza, bolviò à curarse, y pidiò de comer.

En esto traxeron à Cleopatra à la Casa Real, dandola toda la compañia de criadas, y criados de su servicio, que solia tener; y un dia embiò à decir à Cesar, que si le daba licencia (aunque estaba enferma) le iria à visitar: èl por grangearla, mas no la consintiò que salieffe de su quarto, antes la prometiò ir à visitar.

Sabido esto por Cleopatra, mandò aderezar su casa con las

mas ricas, y coſtoſas colgaduras que tenia, y que ſacaſſen una filla de mucho valor, y precio, que era de los Reyes de Egypto, donde ſe ſentaſſe el Ceſar. El veſtido con que Cleopatra recibió eſta viſita, fue de luto, que eſte avito la eſtaba mas bien, aunque con qualquiera parecia ſiempre hermoſa, que à eſta Reyna igualaron muy pocas en gala, y curioſidad: y para ponderar eſto, dice Galeno en un libro que hizo *de Compoſitione farmacorum localium, cap.* 2. y en el libro *de Ponderibus, & menſuris*, que en la Recamara de Cleopatra fue hallado un libro eſcrito por ella, que trataba del modo de adere-

zar.

zarse, y componerse con trages costosos, y bizarros, con lo qual se exagera quan lasciva era, y esto trae tambien el Padre Pineda en el ultimo capitulo de su Monarquia Ecclesiastica, en la primera parte.

Para aguardar esta visita se sentò en una silla, y en torno de ella puso cerca de sì muchos retratos del primero Cesar. Y assimismo tenia consigo muchas cartas, que de este avia recibido, y copias, y borradores de otras, que ella le avia escrito estando ausente.

Vino Cesar à la visita, con cuya presencia se turba Cleopatra algun tanto, con que acrecentò

mas su hermosura; y levantandose de el lugar donde estaba, se le humillò à sus pies, hablandole con voz baxa, y temerosa, procurando con algun artificio, que se le viessen sus hermosos pechos, que parecia averlo hecho al descuydo. Las palabras con que comenzò à hablarle, fueron estas: Salveos el Cielo señor, y Emperador supremo, que este es nombre que los Dioses à mì me han quitado, para darosle à vos. Esto decia con notable afliccion, y sentimiento, descubriendo en el semblante la pena que tenia. La parte que descubriò de sus pechos, estaba llena de cardenales, de los golpes que en ellos se avia

da-

dado, con que movia mas à compasion: prosiguiò con su platica, diciendo: Vès aqui (ò Cesar!) à tu padre retratado de todas las maneras que entrò à favorecerme, y visitarme: Bien sabes todas las honras que me concediò, y como me hizo Reyna de Egypto; y porque de mì recibas alguna cosa suya, vès aqui las cartas que me escriviò de su mano; y diciendo esto, leyò razones amorosas de algunas, à vezes llorando, y otras besandolas; y bolviendose à los retratos de Cesar, los venerava; y poniendo los ojos en Octaviano, hablabale palabras tiernas, dando suspiros artificiosamente, todo à fin de atraer

le à su voluntad: Deciale, què me aprovechan (o Cesar!) estas cartas tuyas, si tu consuelo, y el que al presente tenia han faltado? Pluguiera à los Dioses, que yo perdiera la vida antes que estas dos muertes vieran mis ojos, para tanto desconsuelo mio. A todas estas razones el Cesar tenia puestos los ojos en el suelo, sin hablarla palabra à todo quanto dixo, sino estas: Confia (ò Reyna!) en mi clemencia, que no recibiràs agravio de mì. Viendo Cleopatra, que ni el Cesar la avia mirado, ni tampoco la avia dicho terneza alguna, quando ella se prometia triunfar de su libertad, como lo avia hecho del

pri-

primer Cesar, y de Marco Antonio, como no avia hecho memoria de dexarla el Reyno, recibiò notable pena; y bolviendo à echarse à sus pies, le dixo: Yà, invictisimo Emperador, que no deseo vida, sola una merced te pido, suplicandote humildemente, que no me la niegues, por la memoria, y amor, que me tuvo tu padre; y esta es, que pues la fortuna me juntò con Marco Antonio, tengas por bien, que yo muera con èl, permitiendo que à los dos se nos dè una sepultura, para que assi como muero por su causa, tambien estemos en el otro mundo juntos. (barbara Gentilidad!) A esto no la respondio

diò palabra Cesar; pero temiendo no se diesse muerte, la bolviò à dar muchas esperanzas de que sus cosas se harian bien. Al assumpto de esta visita escrivio este Soneto agudamente Monserrat de Cruyllas, Cavallero de el avito de Montesa en Valencia, adonde aplauden sus versos, con mucha razon, por ser tan dulces, y bien pensados.

SONETO.

En un estrado que sostiene ufano,
Deydad violada en llanto dolorosa,
Mezclando lo afligido con lo hermoso;
Halla à Cleopatra Cesar Octaviano:
De Antonio admira el inclito Romano
En la causa el efecto lastimoso
Y cuerdamente engaña
Blandas caute-

La

La Egypcia Reyna humilde, y amorosa
Con albagos (probemio aliviandades)
Al gran Monarca enamorar procura.
Mas burlando de amor, la poderosa
Fuerza la dexa, el Heroe, que humildades
Quitaron el Imperio à la hermosura.

Preguntola Cesar por el tesoro que avia hecho juntar en el sepulcro, y ella le dio muy larga cuenta de todo; mas Seleuco, uno de los Thesoreros que la Reyna tenia, que se hallò alli, viendo que ocultaba al Cesar algunas riquezas considerables, le declarò lo que avia, con mucho desenfado, y poco respeto de Cleopatra, la qual indignada de su atrevimiento, y descortesia, se levantò de su asiento; y asiendo al Thesorero por los cabellos, le

dio

dio muchos golpes en la cabeza, y en el roſtro, cauſando eſto mucha riſa al Céſar, viendola tan enojada contra el necio, y deſcomedido criado; y rogandola que ſe ſoſſegaſſe, la hizo bolver à ſu aſsiento, diciendola, que no recibieſſe pena ninguna, que todo avia de ſer ſuyo. A lo qual reſpondio Cleopatra: Como, Ceſar, es coſa para ſufrir, que ſiendo tù quien eres, y dignandote de viſitarme, y favorecerme, ſe atreve un criado mio à hablar contra mì? Si yo quiero ocultar lo que no te manifeſtè, para quando vaya à Roma tener què dàr à Libia tu eſpoſa, y à tu hermana Octavia, porque me ſean buenas inter-

terceſſoras contigo, es razon que no me dexen ſer ſeñora de ello. Ceſar la dixo, que juſtiſsimamente avia recibido enojo con la groſſeria de ſu Theſorero, y la bolviò à aſſegurar, que de todo quanto tenia avia de ſer ſeñora, quedando contentiſsimo de lo que le avia oìdo decir, penſando que ſe le avia quitado del penſamiento el darſe muerte. Acabòſe la viſita, quedando aſsimiſmo Cleopatra algo confiada de que el Ceſar avia de hacer lo que le avia pedido.

***

)(§)( )(§)( )(§)(

CA-

CAPITULO XIII.

Que trata de la muerte de Cleopatra, y como la hallaron muerta, con lo demàs que sucediò.

ENtre los àmigos de Cesar avia uno, que se llamaba Bolobela, mancebo ilustre, y muy generoso, que se mostraba muy aficionado al servicio de Cleopatra: A este, pues, la hermosa Reyna le rogò muy en secreto la dixesse si sabia lo que Cesar pretendia hazer con ella? Y èl la declarò, que su determinacion era irse à Roma por Syria, y à ella, y à sus hijos embiarlos

los allà por la mar, y que esto pensaba que se executaria dentro de tres dias. Entendido bien esto de Cleopatra, lo sintiò entrañablemente; y pensando lo que debia hazer, pidiò el dia siguiente licencia à Cesar, para hazer las honras de Marco Antonio, yendo à esto al sepulcro de donde là avian hecho salir: esta le concediò Octaviano, fue allà con sus criadas, y derribandose encima del sepulcro, dixo estas palabras: O querido, y amado Antonio, pocos dias ha que te depositè aqui con manos libres, mas aora ha querido mi cruel fortuna, que haga tus funerales honras cautiva, y puesta

guarda para estorvarme, que con lagrimas, ò con golpes, no dè fin à esta miserable vida, guardando mi persona, para que con ella se haga el triunfo, que de la tuya esperaba hazer el Cesar, no aguardes de mì otras honras, ni sacrificios, que estos serán los ultimos que te pienta hazer Cleopatra, mientras los dos vivimos: ninguna fuerza poderosa nos pudo separar: aora corre peligro, que muertos nos dividamos y que tu Romano quedes en Egipto, y yo Egypcia sea sepultada en Italia, muriendo alli; pero si allà donde estàs ay alguna virtud, ò potestad de Dioses (pues aqui los nuestros han sido trayda-

dores) no consientas, pidiendo-
selo, que yo sea llevada viva à
que triunfen de tì, y de mì, sino
recibeme aqui juntamente en es-
te sepulcro, porque de los infini-
tos pesares con que aorá me veo
afligida, y desconsolada: Nin-
guno ay mas grave para mì, co-
mo aver vivido este poco de tiem
po sin gozar de tu presencia, que
era el alivio de mis penas, el
consuelo de mis aflicciones, y el
reparo de mis disgustos. Despues
de aver dicho estas, y otras ra-
zones semejantes à ellas, con
tierno sentimiento, y copioso
llanto sobre el sepulcro de el di-
funto Antonio, le coronò, abra-
zandole muchas vezes; partiòse

de alli, mandando à sus criadas, que la previniessen el baño, en el qual se estuvo grande rato; y saliendo de èl pidiò la comida, que se le sirviò muy sumptuosamente, como en el tiempo que sus mayores gastos tenia en vida de Antonio. Estando comiendo, vino un Labrador del campo, el qual traìa una cesta, y siendo examinado, y reconociendo por las guardas (que estaban puestas por mandado de Cesar) què era lo que traìa, descubriendo unas flores, que la cubrian, mostrò traer unos hermosos higos, que dixo llevar à la Reyna: los soldados se maravillaron de vèr tan hermosa fruta, de la qual les

combidò el Labrador; y assi no concibiendo sospecha de esto, se la dexaron entrar donde estaba Cleopatra, la qual despues de comer, escriviò una carta; y sellada, la diò à Epafrodito, el Eunuco, que la avian puesto por guarda suya, para que la llevasse al Cesar; y mandando salir à sus criadas fuera de la pieza en que estaba, se quedò con solas dos de ellas, y cerrò la puerta del sepulcro.

Epafrodito puso la carta de Cleopatra en manos de Cesar, el qual viendo en ella que le suplicaba afectuosamente con muchas lastimas, y encarecimientos, que se sirviesse de conceder-

la lo que pocos dias antes le avia pedido, que era darle sepulcro juntamente con Antonio, que no era justo, pues tanto le avia querido en vida, que en la muerte se dividiessen, aviendo estado antes tan unidas las voluntades, sospechò de esto Cesar, que se debia de aver quitado la vida, y assi prestamente se levantò de su silla, para ir con mucha priessa al sepulcro; pero despues mudò de intento, pareciendole era mejor embiar algunos de sus criados, que con diligencia fuessen à informarse de lo que passaba, pero el daño sucediò mas presto, porque yendo con la mayor prestеza que pudo, hallando las guardas

das descuydadas de lo que venia à saber, abrieron las puertas, y hallaron à Cleopatra muerta en el mas rico, y costoso lecho que tenia, y afirman los Autores, que esto escriven, que era todo de oro. Estaba Cleopatra en forma de soberana Reyna, por las dos mugeres, que criadas, con quien se avia encerrado, las quales la estaban acompañando, la una (que se llamaba Eyras) estaba muerta, y à los pies de la Reyna la otra, cuyo nombre era Charmio, aun no avia acabado de morir, à esta hallaron que estaba enderezando la Diadema en la cabeza de Cleopatra: uno de los de la guarda, aviendo vis-

to este espectaculo, dixo à vozes assi como entrò èl, y sus compañeros: O Charmio, parecente bien estas cosas? A lo qual respondiò ella, y convenientes à una poderosa Reyna, descendiente de los soberanos Reyes de Egypto; y no pudiendo hablar otra palabra, cayò muerto.

Cesar como supo esto, sintiendolo sumamente, mandò venir muchos Maestros, para que viessen si Cleopatra estaba muerta, ò si la fuerza de la ponzoña la tenia assi, y juntamente hizo que algunos hombres de aquellos que llaman Psillos (que son cierta casta, à quien no les haze daño el veneno) la chupassen todo

do el cuerpo, en la parte donde avia sospecha que le tenia; pero nada de todo esto aprovechò, porque yà era tarde, y la fuerza de la ponzoña avia hecho su efecto, dizen algunos, que esta ponzoña fue de un aspid, que la mordiò en el brazo, el qual la metieron entre los higos de que arriba se hizo mencion, que venia escondido entre las ojas que estaban encima de la fruta, aviendolo ordenado assi Cleopatra, porque la mordiesse sin sentirlo ella; y dizen, que yendo à tomar los higos viò el aspid, y que dixo: aqui estabas tù, sin hazer aquello para que fuiste venido? Con que al punto estendiò el brazo, para

que

que la mordiesse: Otros lo quentan de diferente modo, porque afirman que Cleopatra avia dias, que tenia el aspid guardado en un vaso, y que por un cañuto de oro le estuvo irritando, hasta que la vino à morder: Otros dizen, que tambien la hallaron un poco de ponzoña en el peyne, cõ que de ordinario se peynaba; pero en el cuerpo no pareciò ninguna fealdad, ni señal de ella, ni al aspid le viò nadie, aunque afirman, que en el brazo de Cleopatra la hallaron dos sciſuras pequeñas, y humedas, à las quales Cesar parece que diò fee de ser mordedura de aspid.

Cesar aunque estaba sentido

de

de aver sido engañado de Cleopatra, admirole en gran manera el valor, y animo generoso, que avia mostrado en quitarse la vida. Mandò luego, que su cuerpo fuesse sepultado junto cõ el de Antonio, haciendoseles un sumptuoso sepulcro à los dos amantes, que costò gran suma de dinero. Asimismo dieron honrosos sepulcros à las dos criadas, que con Cleopatra perdieron las vidas. Muriò Cleopatra à los treinta y nueve años de su edad, reynò en Egypto veinte y dos, y en compañia de Marco Antonio catorze. Al sumptuoso sepulcro de Cleopatra, escriviò el agudo, y claro ingenio de Don Luis de

Vi-

Villanova, Cavallero de Valencia, y Capitan de Cavallos de la costa de aquel Reyno, un Soneto, con el acierto, què siempre lo suele hazer en otros varios assumptos, de que se hazen mucha estima, por la gala, y erudiccion con que estàn escritos.

SONETO.

Esta, que assi alentada se resiste,
Al decreto fatal, memoria pia
Ostenta al mundo quanta oculta al dia
Ceniza helada, que de marmol viste.
En urna breve la hermosura assiste,
Sin lisonja, el poder sin tyranìa,
Que su aparente vana hypocresia,
Si afectada insistió, facil desiste.
Otro de tres que el Orbe dividieron
Con sedicioſa paz, yaze ultrajado,
De quien al mas astuto descompone;

La

La que el Nilo, y sus aguas le quisieron;
Momentanea Deydad tiene su lado,
Amor la estime, el tiempo la perdone.

Mandò Cesar luego derribar las estatuas de Marco Antonio, y Cleopatra; pero las de Antonio solamente fueron derribadas, porque Archivio, un fiel amigo de Cleopatra, natural de Egypto, dio à Cesar mil talentos, porque à las de Cleopatra no se tocasse, y assi se dexaron en el mismo lugar en que estaban.

Todos los hijos de Antonio (que eran siete) se llevaron à Roma: estos huvo en tres mugeres, Fulbia, Octavia, y Cleopatra, salvo al mayor de ellos, hijo de Cleopatra, y con èl à Ce-

Cesarion, hijo de Cleopatra, y Julio Cesar, aconsejado Octaviano por Arrio Philosopho, que le dixo, que no era bien que huviesse muchos Cesares: los demàs hijos se entregaron à Octavia, que aunque era su madrastra, los criò, y tuvo siempre en grande estima, y despues casò à Cleopatra, hija de Antonio, con el Rey Iuba, y à los demàs varones hizo tan privados del Cesar su hermano, que eran las mas estimadas personas del Imperio.

Acabando Cesar de dàr sepulcro à Cleopatra, hizo el Reyno de Egypto Provincia tributaria al Imperio Romano; y partiendo de ella, se fue à Siria, y à Asia

la

la menor; y dexandolo todo lla-
no, y pacifico, passò à Grecia,
sucediendole lo mismo alli, con
lo qual diò la buelta àItalia, don-
de fenecidas las guerras civiles,
y dexando todo el Imperio suje-
to à sì solo (de quien se llamò
soberano señor, y Monarca) en-
trò en Roma cargado de las ri-
quezas, y despojos de Egypto,
donde se le previno solemnissi-
mo, y sumptuoso triunfo, con
la mayor fiesta, y regozijo del
Senado, del Pueblo, y de toda
Italia, que hasta entonces se avia
visto. Fueronle otorgados tres
triunfos, conviene à saber de la
victoria que tuvo en Illirico, de
la victoria en la batalla Naval, y
el

el ultimo de el vencimiento de Antonio, y conquista del Reyno de Egypto, y su hermosa Reyna Cleopatra, cuya estatua fue metida en el triunfo con el aspid pu esto en el brazo, y assi acabo el invicto, y magnanimo Cesar Augusto de constituir, y formar la Monarquia entera, y cumplidamente, que Julio Cesar su tio avia comenzado, la qual (segun Paulo Orosio) fue diez y siete años despues de la muerte de el dicho; y aunque lo avia alcanzado por medios no muy justos, èl uso despues de ella recta, y prudentissimamente, siendo uno de los mejores Principes que ha tenido el mundo, manso, clemen-

mente, liberal, valeroso, y dotado de grandes virtudes, y excelencias; y asimismo felicissimo en todas sus cosas, y amado sobre manera, con lo qual darèmos fin à este discurso, con un Soneto que hize à los tres triunfos referidos con que entrò Cesar en Roma.

SONETO.

A tres grandes victorias que àOctaviano
Dieron gloria inmortal, nombre famoso,
Tantos triunfos le ofrece el generoso,
Y primero en valor Pueblo Romano.
De Illirico su esfuerzo soberano,
Ganò el primero lauro victorioso,
El segundo en el golfo proceloso
Contra Antonio rendido à amor tyrano.
Venzerle, y ser señor de todo Egypto
Por muerte de su Reyna, le assegura

La tercera victoria conseguida.
Murió Cleopatra, huyendo este conflicto
Que triunfando de tantos su hermosura
No era bien ser despojo con la vida.

Sirva de exemplo la pèrdida de Antonio, para que los hombres no se cieguen en sus passiones, y libidinosos apetitos, pues este era un valeroso, y fuerte Capitan, experimentado en qualquiera trance, poderoso con sus enemigos, señor de tantas Provincias, esposo de una virtuosa, y noble matrona, hermana de otro soberano Monarca; y olvidado de sus obligaciones, hechizado con la hermosura de una libre Reyna de Egypto, fue vencido de su contrario, aborrecido del Sena-

do,

do, dado por enemigo de la Patria, y ultimamente muerto desesperadamente: accion, que en aquellos tiempos era entre Gentiles tenida por parte de generoso, y valiente animo. Sirva assimismo de exemplo, para que las mugeres se guarden, la libertad, y desemboltura de Cleopatra, el demasiado cuidado en aderezarse, y componerse, porque las madres (à cuyo cargo està la crianza de sus hijas) les eviten esto, quando es con demasiado exceso; pues de usarlo para parecer bien à los hombres, suceden mil desgracias, y afrentas por casas, y familias ilustres, con que vienē à menoscabo su fama.

Esta Reyna vino à ser trofeo de su enemigo, sino viva, por lo menos en estatua, con que entrò triunfando en Roma. Tuvo mucho de gran señora, y mucho de muger ordinaria; y para decirlo con mas propriedad de ramera, pues no fixa en el amor de Antonio (como otra Dalida à Sanson) le vendiò por dos vezes à su contrario, mirando mas à su razon de estado, que à la opinion de Reyna; y assi tuvo el pago que su intencion merecia, pues no solo no saliò con su intento, que era de triunfar de la libertad de Cesar; pero ni alcanzò de èl, que la hiciesse gracia del Reyno de Egypto para sì, y

para

dexa sus hijos. Muriò gentilicamente, consolada de ser su muerte inmedita à la de su querido Antonio, pareciendole, que en escoger su modo, se confirmaban las voluntades, para tener descanso juntos en la otra vida. De poco le sirviò acumular riquezas, guardar tesoros, fabricar fuerzas inexpugnables para su defensa, si retirada en ellos acabò la vida, sin gozar nada de esto, como otro Cresso entre sus riquezas. Las honras que Antonio la hizo miẽtras viviò, y fue amada de èl, vinieron à parar en verse encerrada en una casa, ò sepulcro, y pueftas guardas, falta de libertad, y de gusto, lo qual la obli-

gò à morir desesperada, à quien locamente imitaron dos criadas suyas.

Mas esclarecido nombre ganàra Octaviano Cesar, si las guerras que moviò contra Antonio las hiziera sin ambicion de verse con su muerte absoluto señor de el Mundo, como despues se viò, que aunque sus disensiones eran con el pretexto de bolver por su hermana Octavia, à quien Antonio desestimaba por Cleopatra: llevabale mas el deseo de destruìrle, por hallarse sin opuesto en su govierno, que el corregir sus desordenes. Poderosa passion es la del amor, en los que à rienda suelta siguen sus lascivas le-

yes,

yes, y fueros! Quantos exemplos nos dàn las Hiſtorias Sagradas en David, y Salomon ſu hijo, y ſin eſtos otros, que ſiendo buenos, y prudentes Monarcas, por el amor han hecho injuſticias, y degenerado de ſu primer procedimiento, por ſer poco lo que me puedo alargar haſta el fin de el Imperio de Octaviano Ceſar, deſpues de vencer à Antonio, me dilatarè haſta el fin de ſu vida como ſe verà en el ultimo capitulo de eſte volumen.

*** *** ***
*** ***
***

CAPITULO XIV.

Donde se prosigue la vida de Octaviano Cesar, sus victorias, sus virtudes, y buen govierno, hasta su muerte.

COmo se hallasse Octaviano señor universal del Mundo, sin tener con quien competir, ni pelear, quiso el Senado, y Pueblo Romano honrarle con un nuevo, y nunca oìdo nombre, el qual fue Augusto, llamandose de alli adelante Cesar Augusto, cuyo nombre era tenido por santo, venerable, y de alta Magestad, el qual convenia so-

solo à los Dioses, ò Templos de ellos, como se vè usado de Ciceron, Ovidio, y Virgilio, con otros muchos Autores, que algunos le deriban de este verbo AUGEO, que significa acrecentar; esto es, por lo que Octaviano aumentò, y acrecentò el Imperio, y como quiere que otros le dèn otras deribaciones, à Cesar le fue puesto como nombre el mas honrado de todos. Assimismo fue intitulado padre de la Patria. Pues como assi se viesse Cesar Augusto honrado en paz y quietud, libre de guerra alguna, mandò que cerrassen las puertas del Templo del Dios Iano, que entre los Romanos era te-

tenido por Religion, que mientras durasse la guerra, estuviessen abiertas, y nunca se avian visto cerradas sino dos vezes, despues de la fundacion de Roma, segun afirman varios Autores, como son Titolibio, Plutarco, y otros: La una vez fue en el tiempo de Numa Pompilio, segundo Rey de Roma, despues que acabò la guerra con los Cartaginenses, siendo Consul Tito Manlio, y la otra està despues de la guerra de Marco Antonio.

Estando, pues, en tranquila paz Octaviano Cesar Augusto, no perdiò punto alguno de cuydado en la governacion de su Republica Romana, y Provincias

çias del Señorìo, proveyendo en ella rectamente justicia: y assimismo criando, y embiando Proconsules, Pretores, y otros Governadores, varones prudentes, que las rigiessen, y governassen; y el mismo cuydado tuvo, assi en la Religion, y culto de los Dioses, como en los edificios publicos, de manera, que en todo se hizo felicissimo, y esto durò todo el tiempo de su vida; y à verse Octaviano señor de todo el Orbe, escrivì este

EPIGRAMA.

Este que obtuvo con debidas glorias
El Orbe universal por Monarquia,
Competir con valor, con valentia
Emprëdió, conquistó, ganò victorias.

Mie-

Miedo, amor, y reſpeto à las memorias;
Con juſticia, virtud, y bondad pìa,
Dexó (ſin las horrar la tyranìa
Del tiẽpo) en jaſpes, bꝛõzes, y en hiſtorias,
Señor del Orbe fue por ſu prudencia,
Pues ſe viò todo à un ſceptro reducido
Cerrando con la paz el Templo à Iano,
Igual à ſu valor fue ſu potencia,
Adquiriendo el renombre merecido,
De ſiempre Auguſto Ceſar, Octaviano.

Con ſer Octaviano tan conſumado en todo, y obedecido, que no pudieran los ſubditos pedir mejor Monarca, como los animos de los hombres ſean libres, atrevieronſele en eſte tiempo à mover guerra en eſta pacifica era algunas animoſas Naciones, con deſeo de ſacudir de sì el yugo de la ſervidumbre, y vaſſallage: eſtos fueron Eſpañoles, Illiricos,

y

y Panonios: en Eſpaña fueron los Cantabros, que ſon aora los Vizcaynos, Alabeſes, y los Aſtures, ò Aſturianos, con parte de Galicia, los quales ſalieron de ſus terminos à hazer guerra à los obedientes del Imperio. Diole cuydado eſto à Ceſar, teniendo à eſtas Naciones por belicoſas, y atrevidas, y aſsi mandò abrir las puertas de Iano, y èl miſmo en perſona determinò hallarſe à apaciguar eſte rebelion, y caſtigar los movedores de èl. Caminò Ceſar para Eſpaña, y comenzò la guerra con tres exercitos, contra la gente yà referida, la qual fue muy dificil de acabar, y aſsi durò cinco años, paſ-

ſan-

ſando en ella grandes trances; y aunque pudo Ceſar retirar à los Cantabros, y Aſturianos à ſus Sierras, y Montañas, defendianſe tan bien en ellas, que para poder mejor conquiſtarlos, tuvo neceſsidad de hazer en la coſta de Francia, à la parte de el Mar Occeano, una grueſſa Armada, que fueſſe à hazer guerra à los Lugares maritimos de Cantabria, Aſturias, y Galicia, y al miſmo tiempo apretò por tierra à aquellas gentes tanto, que les fue fuerza rendirſe, entregandoſe à ſu obediencia. Sirviole en eſta guerra, como en todas las demàs, ſu gran privado Agripa, bien y fielmente, el qual casò con Julia

lia su hija, que avia poco que estaba viuda de Marzelo su sobrino, hijo de Octavia su hermana.

Acabada la guerra de el todo, dizese, que estimò Cesar tanto este vencimiento, como todos quantos avia tenido hasta alli; con esto mandò cerrar otra vez las puertas del Templo de Iano, y se vino à Roma con grande triunfo, aunque le durò poco la quietud, porque de aì à poco tiempo se le rebelaron algunas gentes de los Germanos, de los que habitan la Babaria, y Panonia, que aora se llaman Austria, y Ungria, y Dacia, que es Trasilvania, contra las quales embiò

biò Cesar sus Capitanes, y entre ellos fueron sus Alnados hijos de Libia su muger Tiberio Neron (que despues le sucediò en el Imperio) y Druso Neron su hermano, de los quales vino preñada Libia, quando casò con Octaviano; estos dos hermanos, como fuertes, y valerosos Capitanes, apretaron tanto en vencer à los rebelados, que durò poco la guerra, aviendo en varios encuentros que tuvieron, siempre felizes victorias; pero al fin en menos de rres años se pacificò todo, aunque en el ultimo encuentro muriò Druso, que era de los mas esforzados soldados de aquel tiempo, cuya muerte

sintieron mucho Octaviano, y la Emperatriz Libia su muger: en este tiempo sucediò otro desastre à Quintilio Varron, el qual siendo Capitan de tres Legiones en Alemania, fue salteado de los Alemanes, y muerto, cogiendole descuydado con todos los que le acompañaban, tomaronles dos Estandartes, con las Aguilas Imperiales, con que Octavia tuvo estraño sentimiento, de modo, que daba vozes como un loco, maltratandose con golpes en la cabeza, mas esta pèrdida restauraron despues las victorias de Tiberio, que fueron grandes, por lo qual Octaviano le casò con su hija Julia,

que entonces yà estaba viuda de Agripa, pues con estas victorias bolvieron à cerrar las puertas de Iano, y de aì adelante sucedieron las cosas muy bien, y con grande felicidad. Estabale sujeto todo el Imperio, y de todas las Provincias le embiaron sus Embajadores ofreciendose à su servicio, y procurando con grandes veras su graçia, y amistad. Los Indios, remotissima gente de el Oriente, y asimismo los Scithas, gente belicosa, que habitan el Septemtrion, y los Partos, gente fuerte, animosa, y feroz, embiaron tambien sus Embaxadores, dandole al Cesar seguridad de guardar paz, y

le

le entregaron estos las Vanderas,
y Estandartes de Aguilas Impe-
riales, ganadas en una batalla
que tuvo, quando Marco Crasso
fue muerto.

Venian, demàs de estos Re-
es, amigos de el Cesar à la Cor-
e Romana à cortejarle, y ha-
erle reconocimiento, como à
eñor soberano, y ellos como sus
ubditos se quitaban, en señal de
obmision las insignias, y ropas
eales. Muchos de estos edifi-
aron Ciudades en su nombre,
lamandolas Cesareas en me-
oria de Cesar, que assi lo hizo
erodes en Palestina, y Iuba, en
lauritania.

Estando, pues, el mundo en

esta quietud, y paz general, aviendo yà quarenta y dos años, que Octaviano (despues de la muerte de Julio Cesar) vino à Roma, adonde comunmente se quenta su impiedad en esta pacificacion, y concordia. Naciò Jesu-Christo Señor nuestro, y Redemptor en Bethlem de el benditisimo vientre de nuestra Señora la Virgen Santa Maria, siendo entonces Rey de Jerusalèn, puesto por los Romanos Herodes, el que matò à los niños innocentes, viniendo Dios al mundo en forma, y naturaleza nuestra.

Alcanzadas tantas victorias por Octaviano, fueron ellas cau-

sa

sa de que se estragasse su natural, y condicion, como en otros Monarcas ha sucedido, que colocados en altos estados se ensoberbecieron, y degeneraron de su primero natural.

Hizo Ordenanzas, y leyes justissimas: reformacion de los abusos, y malas costumbres: hizo sobervios, y costosos edificios dentro, y fuera de Roma: fue grandemente dadivoso, y liberal, haciendo grandes mercedes à todos estados de gentes: alegrò el Pueblo con fiestas, y juegos, usados en aquellos tiempos, assistiendo siempre à ellos: mostrabase con todos sus privados, y amigos muy llano, y con-

verſable, las conjuraciones (que injuſtamente ſe hicieron algunas) contra èl, caſtigò con mucha moderacion, por ſer mas amigo de el perdon, que de el caſtigo. Fue muy dado à las letras, y doctrina, y muy docto, y eloquente: compuſo libros, y obras notables. Fue tambiẽ muy honrador, y premiador de los Sabios, y hombres de ingenio. Exemplo ſea eſto, para que los Principes, que ſe hallaren alabados en ſus obras, ò ſe las dedicaren, ſepan eſtimarlas, y premiarlas. Mas aunque en todas eſtas coſas fue ſingular hombre, no dexò de ſer notado en algunos vicios, que la fragilidad humana

mana, y el poderìo le ocasionarõ fue dado à mugeres con gran exceſſo, sì bien fue templado en comer, que esto es estimulo de la lascivia. Diòse tambien con grande afecto al juego de los dados; pero dicen los Autores que de esto escriven, que solo los usò en dias señalados, y de fiestas, lo qual no debe ser notado, para lo que corre en nuestros tiempos. No fue muy dichoso en sucesion de hijos, porque de quatro mugeres con quien fue casado, en sola Escrivonia, que fue la tercera, tuvo una hija, llamada Julia, y aun esta no fue tan honesta como debiera, siendo hija de tan gran señor; de suer

te, que por faltarle hijos, prohijò, y adoptò à Marzelo su sobrino, hijo de Octavia su hermana, con el qual casò primero à esta su hija, que se ha dicho; y muerto este, la casò con Agripa, su grande privado, que tambien muriò; pero de este matrimonio le quedaron tres hijos, y dos hijas: las hijas fueron tan honestas como la madre, y de los hijos los dos murieron en vida de el Cesar, aviendo sido adoptados primero. Lo qual visto por èl, prohijò al tercero, llamado Agripa como el padre; mas despues por disgustos, que con este tuvo, revocò esto. Estando Cesar con este disgusto, huvo de

pro-

prohijar à Tiberio su Alnado, que casò la ultima vez con Julia su hija, yà viuda de Agripa, como se ha dicho antes. Estando las cosas en este estado, siendo Octaviano Cesar Augusto de edad de setenta y seis años, y algunos dias mas, aviendo mas cinquenta y seis que imperaba, amado de su imperio, mas que Principe ninguno: le sobrevino la muerte con una copiosa corrupcion, que le durò algunos dias, de la qual muriò en la Ciudad de Nola, à los quinze años de el nacimiento de nuestro Redemptor Jesu-Christo. Fue su muerte generalmente llorada en todo el Imperio, porque acer-

tò à governarle prudentemente.

Fue Octaviano de mediana estatura, de buen talle, y proporcion de miembros, hermoso de rostro, los ojos graves, y honestos, fue muy entendido, y amigo de decir agudamente. Su Epitafio le escrivió con suma eloquencia, y erudiccion, el singular ingenio de el padre de las Musas Frey Lope Felix de Vega Carpio, tan venerado por sus escritos.

*** *** *** ***
*** *** ***
*** ***
***

EPI-

EPITAFIO.

Quando arrogante, ó perfido presumas,
A tanto Cesàr consagrar Historias
Faltaràn à sus inclitas memorias;
Al tiempo edades, y à la fama plumas.
Entalla en bronze inumerables sumas
De arcos, despojos triunfos, y victorias,
Porque tumulo vivo de sus glorias,
Lo eterno admires, lo mortal consumas.
Y pues que falta en dilatar su nombre,
Al tiempo vida, y à la fama buelo,
Dì, que teniendo (porque invicto assombre)
Roma el Imperio universal del suelo,
Naciendo en èl la luz, la paz, Dios bõbre;
De Octavio Augusto, fue vassallo el Cielo.

Los Autores, que escriven todo lo que se ha dicho en este breve volumen, son Titolibio, Cornelio Tacito en su primero libro: Plutarco en la vida de Julio

lio Cesar: Josepho en el libro decimo de las Antiguedades: Lucano en el primero, y segundo libro: Pineda, y Pedro Mexìa en sus Cesares.

A CLEOPATRA POR Lope de Vega Carpio.

Egypto, Siria, Arabia,
Mi valor dice, y pregona,
Dadme laurèl, y Corona
De belicosa, y de sabia.
Matòme la hermosura,
Y aun Antonio me matò,
Por quien del Cielo cayò,
Mi poder con mi locura.

LAUS DEO.

EN

EN LA IMPRENTA, Y LIBRERIA de Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Mag. se hallarán muchos Libros en Castellano.

De Historia.
Genealogias.
Politicos.
Maxsimas, y razon de estado.
Empressas politicas y morales.
Emblemas.
Mathematica.
Ariſmeticas.
Arquiſtectura.
Cosmografia.
Astronomia.
Esfera.
Pintura, y todo lo que à estos nobles Artes pertenece.
De Secretarios, y Estylos de Cartas
De Escrivanos.
Notarios.
Procuradores.
Agentes de Negocios, y para todo genero de Papeliſtas.
Vidas, dichos, hechos, y sentencias de Filoſofos, Emperadores, Reyes, y de otros varones iluſtres.
Dialogos sobre varias cosas.
Probervios.
Refranes.
Enygmas.
Poblemas.
Similes, ò comparaciones.
Preguntas, y respuestas.

Por

Porque es de varias cosas.
Artes de escrivir.
Ortografias.
Retoricas.
Eloquencias castellanas.
Diccionarios, y Gramaticas de varios Idiomas, donde està la Castellana.
De monedas.
De medallas.
De metales.
De piedras preciosas.
De jugar la espada y otras armas.
De torear.
De enfrenar, herrar, doctrinar, y criar cavallos.
De aves.
De animales terrestes, y maritimos.
De arboles.
Frutas, semillas, y yervas.
De Agricultura para Jardines, y Casas de Campo.
De secretos.
De juegos de Damas de el Agedrèz, y de otros juegos.
De Poesìa de todo genero de verso.
De Novelas, Cuentos, Historias, y Casos Tragicos, Cavallerias, Tragi Comedias, y todo lo que à esta classe de diversion toca.
De comedias.
De Entremeses.
Y de otros varios Tratados exquisitos, y que con dificultad se hallan. De

De todo lo referido està escriviendo el dicho Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, una Biblioteca toda de Libros Castellanos.

Tambien se hallaran en dicha Libreria varios Tomos de Lope de Vega Carpio.

Pliegos * 18.

CON LICENCIA: En Madrid: A costa de Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Magestad. Se hallarà en su Imprenta, y Libreria, Calle de Santo Thomàs, junto al Contraste.